



Mark A. Finley

Para recibir
el don del
Espíritu Santo

10 **Días**
en el
APOSENTO ALTO

ÍNDICE

Bienvenida	3
Día 1: La intercesión ferviente	8
Día 2: Una fe más profunda	14
Día 3: El arrepentimiento sincero.....	21
Día 4: La confesión honesta	25
Día 5: Unidos en amor	32
Día 6: Un examen de conciencia.....	38
Día 7: Una humildad que se sacrifica	43
Día 8: Una entrega obediente.....	49
Día 9: Un agradecimiento gozoso.....	53
Día 10: Una testificación fervorosa.....	58
Busquemos una experiencia más profunda.....	63



Diez días en el aposento alto
Mark Finley

Título del original: *Ten Days in the Upper Room*, Pacific Press Publishing Association, Nampa, ID, EE.UU. de N.A., 2011.

Dirección: Miguel Valdivia
Traducción: Claudia Blath
Diseño del interior: Andrea Olmedo Nissen
Diseño de la tapa: Steve Lanto
Ilustraciones: (tapa) © iStock photo; (interior) Shutterstock (banco de imágenes)

Libro de edición argentina
IMPRESO EN LA ARGENTINA - Printed in Argentina

Segunda edición
MMXIII – 80,6M

Es propiedad. © 2011 Pacific Press® Publishing Association, Nampa, Idaho, EE.UU. de N.A. Todos los derechos reservados. Esta edición en castellano se publica con permiso del dueño del Copyright. © 2011 ACES.
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-701-122-7

2



Finley, Mark A.
Diez días en el aposento alto / Mark A. Finley / Dirigido por Miguel Valdivia – 2ª ed. - Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2013.
64 p. ; 27 x 21 cm.

Traducido por: Claudia Blath

ISBN 978-987-701-122-7

1. Espiritualidad cristiana. 2. Literatura piadosa. I. Miguel Valdivia, dir. II. Blath, Claudia, trad. III. Título.
CDD 248.5

Se terminó de imprimir el 10 de noviembre de 2013 en talleres de la ACES (Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

-107178-

BIENVENIDA



Bienvenido a un viaje espiritual maravilloso al aposento alto. Permítame garantizarle que está a punto de embarcarse en algunos de los descubrimientos bíblicos más emocionantes. Durante estos estudios, exploraremos la preparación necesaria para recibir el poder del Espíritu Santo en toda su plenitud. Analizaremos juntos las instrucciones de la inspiración sobre la recepción del Espíritu Santo y cómo vivir diariamente en el poder del Espíritu.

¿Alguna vez se preguntó por qué los discípulos tenían una fe tal que desafiaba la muerte? ¿Qué les daba coraje para proclamar el evangelio hasta los confines de la tierra, a pesar de esas posibilidades tan abrumadoras? ¿Por qué fueron

tan diferentes después de Pentecostés? Las afirmaciones jactanciosas de Pedro se convirtieron en obediencia sumisa y en una poderosa proclamación. Las dudas de Tomás se transformaron en una fe sólida como una roca. Santiago y Juan, los hijos del trueno, cambiaron totalmente. Llegaron a ser siervos humildes del Señor Jesús. Mateo, el astuto cobrador de impuestos, se volvió un fiel cronista del evangelio y María, una mujer de mala reputación, se convirtió en una campeona de la cruz, confiada y afectuosa. Pentecostés ejerció un impacto dramático en sus vidas y también puede impactar nuestra vida. Llenos del poder del Espíritu Santo, salieron y cambiaron el mundo. El evangelio fue llevado

hasta los confines del Imperio Romano en pocas décadas.

La promesa del Espíritu Santo dada por Jesús, ¿es solo para los discípulos? El derramamiento del poder celestial, ¿se limita a ellos? ¿Será que Dios también reserva para nosotros algo que ni siquiera podemos imaginarnos? Al hablar de la promesa de Pentecostés, Pedro declara: “Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare” (Hech. 2:39).

Elena de White afirma que el don se extiende a nosotros:

El transcurso del tiempo no ha cambiado en nada la promesa de despedida de Cristo de enviar el Espíritu Santo como su representante.

Dios anhela derramar el Espíritu Santo sobre su iglesia hoy.

No es por causa de alguna restricción de parte de Dios por lo que las riquezas de su gracia no fluyen a los hombres sobre la tierra. Si la promesa no se cumple como debiera, se debe a que no es apreciada debidamente. Si todos lo quisieran, todos serían llenados del Espíritu. Dondequiera la necesidad del Espíritu Santo sea un asunto en el cual se piense poco, se ve sequía espiritual, oscuridad espiritual, decadencia y muerte espirituales. Cuandoquiera que los asuntos menores ocupen la atención, el poder divino que se necesita para el crecimiento y la prosperidad de la iglesia, y que traería todas las demás bendiciones en su estela, falta, aunque se ofrece en infinita plenitud (*Los hechos de los apóstoles*, p. 41).

Tanto la Biblia como los escritos contemporáneos del don de

profecía revelan claramente que la promesa del Espíritu Santo es para cada uno de nosotros. Dios anhela derramar el Espíritu Santo sobre su iglesia hoy. No es por causa de alguna renuencia de parte de Dios que el Espíritu Santo no ha sido derramado con el poder de la lluvia tardía para la terminación de la obra de Dios. Todo el cielo espera que el pueblo de Dios tome las medidas necesarias para recibir el poder del Espíritu Santo para cumplir con la comisión evangélica.

Allí, en el aposento alto de Jerusalén, oraron, se arrepintieron de sus pecados, confesaron su falta de fe, se humillaron de corazón y volvieron a entregar su vida a la obra del Espíritu Santo.

En este cuaderno de estudio, volveremos a visitar el aposento alto y estudiaremos específicamente la preparación necesaria para recibir el derramamiento del Espíritu Santo en el tiempo del fin. Hay dos secciones definidas en estas páginas. Se titulan “Examinemos el consejo divino” y “Reflexionemos en el consejo divino”. Analizaremos la sincera preparación de los discípulos antes de recibir el Espíritu Santo, reflexionaremos en los escritos de la Biblia y de Elena de White acerca del ministerio del Espíritu Santo, nos relacionaremos con la inspiración a medida que completemos las secciones de estudio y descubriremos maneras de aplicar a nuestra vida lo que estamos aprendiendo. Mi oración es que, a medida que estudie este material, sea colmado del Espíritu Santo en una experiencia que transforme su vida. Oro con el fin de que Dios le dé poder para ser un testigo poderoso suyo en este momento decisivo de la historia de la tierra.



POR QUÉ ES IMPORTANTE PENTECOSTÉS

El día de Pentecostés era extremadamente importante en la his-

La iglesia cristiana comenzó su existencia orando por el Espíritu Santo.

toria judía. Se celebraba cincuenta días después de la Pascua. Conmemoraba la cosecha de primavera del ciclo agrícola palestino y la recepción de la Ley en el monte Sinaí cincuenta días después del Éxodo. Para los cristianos, se conmemora el descenso del Espíritu Santo. Algunos han dicho que Pentecostés es “el nacimiento de la iglesia cristiana”. Después de su muerte y resurrección, Jesús se les apareció a los discípulos durante cuarenta días (Hech. 1:4). Les ordenó que esperaran en Jerusalén para recibir la promesa del poderoso derramamiento del Espíritu Santo, según estaba predicho en Joel 2:28: “Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne —declaró el Salvador—, pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hech. 1:8).

Al reconocer la importancia del mandato de Cristo, los discípulos obedecieron sus instrucciones. Allí, en el aposento alto de Jerusalén, oraron, se arrepintieron de sus



pecados, confesaron su falta de fe, se humillaron de corazón y volvieron a entregar su vida a la obra del

La Gran Comisión va acompañada de la Gran Promesa. La tarea de predicar el evangelio a todo el mundo en esta generación puede parecer imposible, pero Dios es el Dios de lo imposible.

Espíritu Santo. Con inspiración divina, Elena de White describe de esta manera lo que ocurrió durante esos diez días juntos: “Después de la ascensión de Cristo, los discípulos se reunieron en un lugar para suplicar humildemente a Dios. Y después de escudriñar el corazón

y de realizar un examen personal durante diez días, quedó preparado el camino para que el Espíritu Santo entrara en los templos del alma limpios y consagrados” (*El evangelismo*, p. 506).

La iglesia cristiana comenzó su existencia orando por el Espíritu Santo. Estaba en su infancia, sin la presencia personal de Cristo. Antes de su ascensión, Cristo había comisionado a sus discípulos que predicaran el evangelio al mundo...

En obediencia a la Palabra de su Maestro, los discípulos volvieron a Jerusalén y durante diez días oraron por el cumplimiento de la promesa de Dios. Esos diez días fueron de profundo escudriñamiento del corazón. Los discípulos eliminaron todas las diferencias que habían existido entre ellos y se unieron en compañerismo cristiano... Al fin de los diez días, el Señor cumplió su promesa mediante un extraordinario derramamiento de su Espíritu. Cuando estuvieron “todos unánimes juntos” en ora-

ción y súplica se hizo realidad la bendita promesa...

¿Cuál fue el resultado del derramamiento del Espíritu en el día de Pentecostés? Las alegres nuevas de un Salvador resucitado fueron llevadas hasta los confines del mundo habitado. El corazón de los discípulos fue colmado con una plenitud de benevolencia, tan profunda, tan abarcante, que los impulsó a ir hasta los fines de la tierra.

Por la gracia de Cristo los apóstoles llegaron a ser lo que fueron. La devoción sincera y humilde y la oración ferviente fue lo que los llevó a una comunión más íntima con él. Se sentaron con él en los lugares celestiales. Comprendieron la magnitud de su deuda para con él. Mediante la oración fervorosa y perseverante, recibieron el Espíritu Santo, después de lo cual salieron cargados con la responsabilidad de salvar a las almas, y rebosantes de celo por extender los triunfos de la cruz...

¿Seremos nosotros menos decididos que los apóstoles? ¿No reclamaremos, mediante una fe viva,

las promesas que los conmovieron hasta las profundidades de su ser para recurrir al Señor Jesús para el cumplimiento de su palabra: ‘Pedid, y recibiréis’ (Juan 16:24)? El Espíritu de Dios, ¿no vendrá hoy en respuesta a la oración ferviente y perseverante, y llenará a los hombres con poder? (*En lugares celestiales*, p. 333).

Diez días en el aposento alto ha sido preparado en respuesta a este consejo divino. La Gran Comisión va acompañada de la Gran Promesa. La tarea de predicar el evangelio a todo el mundo en esta generación puede parecer imposible, pero Dios es el Dios de lo imposible. Cuando el Espíritu Santo sea derramado en la plenitud de su poder, tocará los corazones, cambiará vidas y el mensaje de verdad de parte de Dios para los últimos días se esparcirá como fuego arrasador. Nuestros hijos e hijas que se han apartado de Jesús volverán a casa. Los extraviados regresarán al Dios de su niñez. Los corazones duros serán enternecidos y las mentes cerradas serán abiertas. Los países resistentes al evangelio

se convertirán en terrenos fértiles para la recepción de la verdad de Dios. La tierra será “alumbrada con su gloria” (Apoc. 18:1, 2). La obra de Dios en la tierra será terminada y Jesús vendrá.

¿POR QUÉ DIOS ENVIÓ EL PODER CELESTIAL EN TODA SU PLENITUD?

Hay dos razones fundamentales por las que el poder celestial fue desatado plenamente en Pentecostés. Primero, era el momento apropiado. El Espíritu Santo se derramó sobre los discípulos como confirmación de que el sacrificio de Cristo fue aceptado en el cielo. Ahora era exaltado como Salvador y Señor. Pedro explicó esto en su sermón de Pentecostés, cuando proclamó: “Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís” (Hech. 2:33). El descenso del Espíritu Santo era la señal divina de que los discípulos tenían un amigo en el trono de Dios que los capacitaría diariamente para cumplir con su misión. El reloj dio la hora en la agenda celestial y el Espíritu fue derramado con todo poder. “Cristo decidió entregar un obsequio a quienes habían estado con él y a los que creían en él, pues era la ocasión de su ascensión e inauguración, un momento de júbilo celestial. ¿Qué don suficientemente rico podría Cristo ofrecer para señalar su ascenso al trono de la mediación? Debía ser algo digno de su



El descenso del Espíritu Santo era la señal divina de que los discípulos tenían un amigo en el trono de Dios que los capacitaría diariamente para cumplir con su misión.



grandeza y jerarquía real. Cristo, entonces, ofreció a su representante, la tercera persona de la Divinidad, el Espíritu Santo. Y este don no podía ser superado...” (*Cristo triunfante*, p. 303).

La segunda razón por la que el Espíritu Santo fue derramado es porque los discípulos reunieron las condiciones. Ocurrió algo milagroso durante esos diez días en el aposento alto que los preparó para recibir el Espíritu en toda su plenitud. En el siglo I, los discípulos recibieron el poder del Espíritu para lanzar el mensaje evangélico. La iglesia de Dios del tiempo del fin recibirá la plenitud del poder del Espíritu para cumplir con la tarea de proclamar el evangelio al mundo.

Es el momento apropiado. Llegó la hora. Nuestro Señor está llamando a su iglesia actual para que reúna las condiciones. Un estudio cuidadoso de la Biblia y los escritos de Elena de White revelan la experiencia de los discípulos durante esos diez días en el aposento alto. Ellos buscaron una experiencia re-

novada con Dios mediante:

1. La intercesión ferviente
2. Una fe más profunda
3. El arrepentimiento sincero
4. La confesión honesta
5. Unidos en amor
6. Un examen de conciencia
7. Una humildad que se sacrifica
8. Una entrega obediente
9. Un agradecimiento gozoso
10. La testificación fervorosa

Durante nuestra sección “Examinemos el consejo divino”, estudiaremos una de estas cualidades del carácter cada día y nos haremos estas preguntas básicas:

1. ¿Cómo puedo preparar mi corazón para recibir la plenitud del poder del Espíritu Santo?
2. ¿Hay algo en mi vida que dificulta el derramamiento del Espíritu Santo?
3. ¿Puede Dios confiarme con seguridad el poder de su Espíritu Santo?
4. ¿Mi corazón está preparado para recibir la lluvia tardía prometida?

A medida que estudiemos juntos estos temas, usted se sentirá aún más atraído al Salvador. Al abrir su corazón diariamente a la influencia del Espíritu Santo, disfrutará de una experiencia aun más íntima con Jesús. El poder del Espíritu volverá a llenar su vida. El bautismo del Espíritu Santo no es algo que busquemos una vez, ni es una experiencia gloriosa que esperamos con ansias en el futuro. El derramamiento del Espíritu Santo es una experiencia que buscamos cada día. “Cada obrero debiera elevar su petición a Dios por el bautismo diario del Espíritu. Debieran reunirse grupos de obreros cristianos para solicitar ayuda especial y sabiduría celestial para hacer planes y ejecutarlos sabiamente” (*Los hechos de los apóstoles*, pp. 41, 42).

Es mi deseo que usted experimente nuevamente el poder del Espíritu Santo en su vida, a medida que estudie estas páginas y que su corazón se abra para recibir todo lo que Dios tiene para su iglesia hoy. 🔥

DÍA 1

LA INTERCESIÓN FERVIENTE



La oración es el latido del ministerio de los discípulos en todas sus hazañas de fe del libro de Hechos. Se reunieron durante diez días y buscaron fervientemente la promesa del Espíritu Santo (Hech. 1:14). Tres mil conversos se les unieron “y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones” (Hech. 2:42). Recurrían a su mejor amigo Jesús, que estaba a la diestra

del trono de Dios, cuando enfrentaban obstáculos abrumadores y “el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuevo la palabra de Dios” (Hech. 4:31). La iglesia primitiva escogió diáconos para que los apóstoles pudieran persistir “en la oración y en el ministerio de la palabra” (Hech. 6:4). Pedro oró, y Dios abrió una puerta para alcanzar a los gentiles. Toda la iglesia intercedió, y el apóstol

tol fue librado de prisión en forma milagrosa (Hech. 10, 12).

La experiencia de oración en el aposento alto inició una vida de oración para todo el ministerio de los discípulos. Mediante la oración, desarrollaron corazones confiados. Mediante la oración, establecieron una actitud de dependencia del Todopoderoso. Mediante la oración, reconocieron su debilidad y buscaron la fuerza de Dios. Mediante la oración, admitieron su

ignorancia y buscaron la sabiduría de Dios. Los discípulos reconocieron abiertamente sus limitaciones y clamaron por su poder infinito. Reconocieron que nunca podrían alcanzar al mundo con el evangelio sin la presencia y el poder del Espíritu Santo obrando a través de ellos. Pentecostés fue el resultado de una intercesión sincera.

LA ORACIÓN: EL CANAL DE LA BENDICIÓN

Mediante la oración, abrimos nuestro corazón a todo lo que Jesús tiene para nosotros. Desnudamos nuestra alma para recibir la plenitud de su poder. “Orar es el acto de abrir nuestro corazón a Dios como a un amigo. No es que se necesite esto para que Dios sepa lo que somos, sino con el fin de capacitarnos para recibirlo. La oración no baja a Dios hasta nosotros, sino que nos eleva hasta él” (*El camino a Cristo*, p. 92). En todas las relaciones saludables existe el deseo de comunicarse con la persona que apreciamos. La oración abre nuestro corazón para hablar con Dios así como lo haríamos con un amigo íntimo o un compañero. El aposento alto era un lugar de comunión con Dios, un lugar donde los discípulos oraban individualmente y se unían en oración colectiva. Ellos “se reunieron para

presentar sus pedidos al Padre en el nombre de Jesús. Sabían que tenían un Representante en el cielo, un Abogado ante el trono de Dios. Con solemne temor reverente se postraron en oración, repitiendo las palabras impregnadas de seguridad: ‘Todo cuanto pidieren al Padre en mi nombre, les dará. Hasta ahora nada han pedido en mi nombre: pidan y recibirán, para que vuestro gozo sea cumplido’ (Juan 16:23, 24). Extendían más y más la mano de la fe, con el poderoso argumento: ‘Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, quien además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros’ (Rom. 8:34)” (*Los hechos de los apóstoles*, p. 29).

Nosotros también tenemos un representante en el cielo que nos invita a llevarle nuestras cargas. Tenemos un amigo en el trono de Dios que nos insta a presentarle los anhelos de nuestro corazón. También podemos reclamar sus promesas. También podemos extender nuestra mano cada vez más alto. También podemos pedirle que nos conceda el don celestial más inestimable: el Espíritu Santo. Él nos invita a ir al trono ahora para reclamar estas preciosas promesas.

En el gran conflicto entre el bien y el mal, la oración es un arma poderosa para vencer al ene-

migo. Uno de los principios fundamentales del universo de Dios es la libertad de elección. Dios nunca forzará nuestra voluntad. Nunca nos manipulará para que le sirvamos. Aunque diariamente obra en nuestra vida impresionándonos mediante su Espíritu para que tomemos decisiones correctas, su participación en nuestra vida está limitada por nuestras elecciones. Cuando nos arrodillamos ante él en oración, él respeta nuestra decisión de que él intervenga en nuestra vida más plenamente. Su Espíritu nos impresiona y nos convence antes de orar, pero su Espíritu nunca nos llenará ni nos capacitará hasta que oremos.

Lea con oración los siguientes pasajes bíblicos. Reclámelos como propios. Presente estas promesas divinas al Señor creyendo que él cumplirá su Palabra.

PROMESAS DIVINAS

- “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” (Luc. 11:13).
- “Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre” (Juan 14:16).
- “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Juan 14:26).
- “Pedid, y se os dará; buscad, y

La oración abre nuestro corazón para hablar con Dios así como lo haríamos con un amigo íntimo o un compañero.

hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá” (Mat. 7:7, 8).

- “El cielo está lleno de luz y fortaleza y nosotros podemos tomar de ello si lo deseamos. Dios está esperando derramar su bendición sobre nosotros tan pronto como nos acerquemos a él y, mediante una fe viva, nos aferremos de sus promesas. Dice que está más dispuesto a dar su Espíritu Santo a los que se lo pidan que los padres terrenales a dar buenas dádivas a sus hijos. ¿Le tomaremos la palabra?” (*Historical Sketches*, p. 152).
- “El transcurso del tiempo no ha cambiado en nada la promesa de despedida de Cristo de enviar el Espíritu Santo como su representante. No es por causa de alguna restricción

Estamos viviendo en un tiempo especial de la historia humana. Todo el Cielo nos invita a aferrarnos de las promesas del Todopoderoso. Dios anhela hacer algo especial por su iglesia ahora.

de parte de Dios por lo que las riquezas de su gracia no fluyen a los hombres sobre la tierra. Si la promesa no se cumple como debiera, se debe a que no es apreciada debidamente. Si todos lo quisieran, todos serían llenados del Espíritu. Dondequiera la necesidad del Espíritu Santo sea un asunto en el cual se piense poco, se ve sequía espiritual, oscuridad espiritual, decadencia y muerte espirituales. Cuandoquiera que los asuntos menores ocupen la atención, el poder divino que se necesita para el crecimiento y la prosperidad de la iglesia, y que traería todas las demás bendiciones en su estela, falta, aunque se ofrece en infinita plenitud” (*Los hechos de los apóstoles*, p. 41).

- “Mañana tras mañana, cuando los heraldos del evangelio se arrodillan delante del Señor y renuevan sus votos de consagración, él les concede la presencia de su Espíritu con su poder vivificante y santificador. Y al salir para dedicarse a los deberes diarios, tienen la seguridad de que el agente invisible del Espíritu Santo los capacita para ser colaboradores juntamente con Dios” (*Los hechos de los apóstoles*, pp. 45, 46).
- “Pero cerca del fin de la siega de la tierra se promete una concesión especial de gracia espiritual, para preparar a la iglesia para la venida del Hijo del hombre. Este derramamiento

del Espíritu se compara con la caída de la lluvia tardía; y en procura de este poder adicional, los cristianos han de elevar sus peticiones al Señor de la mies ‘en la sazón tardía’. En respuesta, ‘Jehová hará relámpagos, y les dará lluvia abundante’ (Zac. 10:1)” (*Los hechos de los apóstoles*, p. 45).

Estamos viviendo en un tiempo especial de la historia humana. Todo el Cielo nos invita a aferrarnos de las promesas del Todopoderoso. Dios anhela hacer algo especial por su iglesia ahora. Nos invita a buscarlo con todo nuestro corazón para recibir el poder de su Espíritu Santo en la lluvia tardía para la terminación de su obra en la tierra. ¿Orarás fervientemente



para reclamar sus promesas? ¿Animarás a otros para que se unan a ti en oración por el derramamiento del Espíritu Santo? ¿Reordenarás ahora tus prioridades para pasar más tiempo con Jesús en oración?

SECCIÓN 2

Reflexionemos en el consejo divino

Lea atentamente la porción que sigue de *El Deseado de todas las gentes*, páginas 622-626.

Antes de ofrecerse como víctima para el sacrificio, Cristo buscó el don más esencial y completo que pudiese otorgar a sus seguidores, un don que pudiese a su alcance los ilimitados recursos de la gracia. Dijo: “Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vo-

El Espíritu Santo es el representante de Cristo, pero despojado de la personalidad humana e independiente de ella.

sotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no lo ve, ni lo conoce; pero vosotros lo conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros” (Juan 14:16-18).

Antes de esto, el Espíritu había estado en el mundo; desde el mismo comienzo de la obra de redención había estado moviéndose en los corazones de los hombres. Pero

mientras Cristo estaba en la tierra, los discípulos no habían deseado otro ayudador. No sería hasta verse privados de la presencia de Jesús que sentirían su necesidad del Espíritu, y entonces vendría.

El Espíritu Santo es el representante de Cristo, pero despojado de la personalidad humana e independiente de ella. Estorbado por la humanidad, Cristo no podía estar personalmente en todo lugar. Por tanto, convenía a sus discípulos que fuese al Padre y enviase el Espíritu como su sucesor en la tierra. Entonces nadie podría tener ventaja alguna por causa de su situación o contacto personal con Cristo. Por medio del Espíritu, el Salvador sería accesible a todos. En este sentido estaría más cerca de ellos que si no hubiese ascendido a lo alto.

“El que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él”. Jesús leía el futuro de sus discípulos. Véía a uno llevado al cadalso, otro a la cruz, otro al destierro entre las solitarias rocas del mar, otros a la persecución y la muerte. Los animó con la promesa de que en toda prueba estaría con ellos. Esta promesa no ha perdido nada de su fuerza. El Señor sabe todo lo relativo a los fieles siervos suyos que por su causa están en la cárcel o desterrados en islas solitarias. Él los consuela con su propia presencia. Cuando por causa de la verdad el creyente está frente a tribunales inicuos, Cristo está a su lado. Todos los oprobios que caen sobre él, caen sobre Cristo. Cristo vuelve a ser condenado en la per-



En toda ocasión y todo lugar, en todas las tristezas y aflicciones, cuando la perspectiva parece sombría y el futuro nos deja perplejos, y nos sentimos impotentes y solos, se envía el Consolador en respuesta a la oración de fe.

sona de su discípulo. Cuando uno está encerrado entre las paredes de la cárcel, Cristo cautiva el corazón con su amor. Cuando uno sufre la muerte por causa suya, Cristo dice: “Yo soy... el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por siglos de siglos... Y tengo las llaves de la muerte y del Hades” (Apoc. 1:18). La vida sacrificada por mí es preservada para la gloria eterna.

En toda ocasión y todo lugar, en todas las tristezas y aflicciones, cuando la perspectiva parece sombría y el futuro nos deja perplejos, y nos sentimos impotentes y solos, se envía el Consolador en respuesta a la oración de fe. Las circunstancias pueden separarnos de todo amigo terrenal, pero ninguna circunstancia ni distancia puede separarnos del Consolador celestial. Dondequiera que estemos, adondequiera que vayamos, siempre está a nuestra diestra para respaldarnos, sostenernos, levantarnos y animarnos.

Los discípulos todavía no comprendían las palabras de Cristo en su sentido espiritual, y él volvió a explicarles su significado. Por medio del Espíritu, dijo, se manifestaría a ellos. “El Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas

las cosas”. Ya no dirán: “No puedo comprender”. Ya no verán oscuramente como por un espejo. Podrán “comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento” (Efe. 3:18, 19).

Los discípulos debían dar testimonio de la vida y obra de Cristo. A través de sus palabras él habría de hablar a todos los pueblos sobre la faz de la tierra. Pero en la humillación y muerte de Cristo iban a sufrir gran prueba y chasco. Con el fin de que después de esto la palabra de ellos fuese exacta, Jesús prometió con respecto al Consolador: “Os recordará todo lo que yo os he dicho”.

Continuó: “Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber”. Jesús había abierto delante de sus discípulos una vasta extensión de la verdad. Pero les era muy difícil diferenciar sus lecciones de las tradiciones y máximas de los escribas y fariseos. Habían sido

educados para aceptar las enseñanzas de los rabinos como la voz de Dios, y eso aún dominaba sus mentes y amoldaba sus sentimientos. Las ideas terrenales y las cosas temporales todavía ocupaban mucho lugar en sus pensamientos. No entendían la naturaleza espiritual del reino de Cristo, aunque él se los había explicado tantas veces. Sus mentes se habían confundido. No comprendían el valor de las Escrituras que Cristo presentaba. Muchas de sus lecciones parecían no hallar cabida en sus mentes. Jesús vio que no comprendían el verdadero significado de sus palabras. Compasivamente les prometió que el Espíritu Santo les recordaría esos dichos. Y había dejado sin decir muchas cosas que no podían ser comprendidas por los discípulos. Estas también les serían reveladas por el Espíritu. El Espíritu habría de vivificar su entendimiento para que pudiesen apreciar las cosas celestiales. Jesús dijo: “Cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad”.

El Consolador es llamado el “Espíritu de verdad”. Su obra consiste en definir y mantener la verdad. Primero mora en el corazón como el Espíritu de verdad, y así llega a ser el Consolador. Hay consuelo y paz en la verdad, pero no se puede hallar verdadera paz ni consuelo en la mentira. Por medio de falsas teorías y tradiciones es como Satanás obtiene su poder sobre la mente. Induciendo a los hombres a adoptar normas falsas, deforma el carácter. El Espíritu Santo habla a la mente y graba la verdad en el corazón a

través de las Escrituras. Así expone el error y lo expulsa del alma. Es por medio del Espíritu de verdad, obrando a través de la Palabra de Dios, como Cristo subyuga a sí mismo a su pueblo escogido.

Al describir a sus discípulos la obra interior del Espíritu Santo, Jesús trató de inspirarlos con el gozo y la esperanza que alentaba su propio corazón. Se regocijaba por causa de la ayuda abundante que había provisto para su iglesia. El Espíritu Santo era el más elevado de todos los dones que podía solicitar de su Padre para la exaltación de su pueblo. El Espíritu iba a ser dado como un agente regenerador, y sin esto el sacrificio de Cristo habría sido inútil. El poder del mal se había estado fortaleciendo durante siglos, y la sumisión de los hombres a ese cautiverio satánico era asombrosa. El pecado podía ser resistido y vencido únicamente por medio de la poderosa intervención de la Tercera Persona de la Deidad, quien iba a venir no con energía modificada, sino en la plenitud del poder divino. El Espíritu es el que hace eficaz lo que ha sido realizado por el Redentor del mundo. Por medio del Espíritu es purificado el corazón. El creyente llega a ser participante de la naturaleza divina a través del Espíritu. Cristo ha dado su Espíritu como poder divino para vencer todas las tendencias hacia el mal heredadas y cultivadas, y para imprimir su propio carácter en su iglesia.

Acerca del Espíritu, Jesús dijo: “Él me glorificará”. El Salvador vino para glorificar al Padre por medio

de la demostración de su amor; así el Espíritu iba a glorificar a Cristo por medio de la revelación de su gracia al mundo. La misma imagen de Dios debe reproducirse en la humanidad. El honor de Dios, el honor de Cristo, está comprometido en la perfección del carácter de su pueblo.

“Cuando él [el Espíritu de verdad] venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio”. La predicación de la Palabra sería inútil sin la continua presencia y ayuda del Espíritu Santo. Este es el único maestro eficaz de la verdad divina. Únicamente cuando la verdad vaya al corazón acompañada por el Espíritu vivificará la conciencia o transformará la vida. Alguien podría ser capaz de presentar la letra de la Palabra de Dios, podría estar familiarizado con todos sus mandamientos y promesas; pero a menos que el Espíritu Santo grabe la verdad, ningún alma caerá sobre la Roca y será quebrantada. Ningún grado de educación ni ventaja alguna, por grande que sea, puede hacer de alguien un canal de luz sin la cooperación del Espíritu de Dios. La siembra de la semilla del evangelio no tendrá éxito a menos que esa semilla sea vivificada por

Únicamente cuando la verdad vaya al corazón acompañada por el Espíritu vivificará la conciencia o transformará la vida.

el rocío del cielo. Antes de que un solo libro del Nuevo Testamento fuese escrito, antes de que se hubiese predicado un sermón evangélico después de la ascensión de Cristo, el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles que oraban. Entonces el testimonio de sus enemigos fue: “Habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina” (Hech. 5:28).

Cristo prometió el don del Espíritu Santo a su iglesia, y la promesa nos pertenece a nosotros tanto como a los primeros discípulos. Pero como toda otra promesa, se nos da bajo condiciones. Hay muchos que creen y profesan aferrarse a la promesa del Señor; hablan acerca de Cristo y acerca del Espíritu Santo, y sin embargo no reciben beneficio alguno. No entregan su alma para que sea guiada y regida por los agentes divinos. No podemos usar al Espíritu Santo. El Espíritu ha de usarnos a nosotros. Por medio del Espíritu obra Dios en su pueblo “así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil. 2:13). Pero muchos no quieren someterse a eso. Desean manejarse a sí mismos. Esta es la razón por la cual no reciben el don celestial. El Espíritu se da únicamente a quienes esperan humildemente en Dios, a quienes velan por su dirección y gracia. El poder de Dios aguarda que ellos lo pidan y lo reciban. Esta bendición prometida, reclamada por medio de la fe, trae todas las demás bendiciones en su estela. Se da según las riquezas de la gracia de Cristo, y él está listo para proporcionarla a toda alma según su capacidad para recibirla. 🔥

DÍA 2

UNA FE MÁS PROFUNDA



Antes de Pentecostés, los discípulos eran dramáticamente diferentes de los discípulos después de Pentecostés. Antes de Pentecostés, su fe naciente a menudo titubeaba. Después de Pentecostés, era una roca sólida. El derramamiento del Espíritu Santo fortaleció a los discípulos para enfrentar la oposición que vendría al proclamar el amor y la gracia de Dios. Temblando de miedo en el patio del sumo sacerdote al mo-

mento del arresto de Jesús, Pedro lo negó cobardemente, diciendo: “No conozco al hombre” (Mateo 26:72). Su fe frágil era débil y vacilante. Pero ahora, escuche a un Pedro cambiado en Pentecostés que proclama poderosamente la evidencia del Antiguo Testamento de que Jesús era el Mesías. Compare la negación de Pedro en el patio con su respuesta después de Pentecostés, cuando las autoridades judías trataron de acallar su voz. Audazmente,

declaró: “Porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído” (Hech. 4:20). La presencia interna del Espíritu Santo en su plenitud fue lo que marcó la diferencia. Con sus propias fuerzas, Pedro no estaba a la altura de las ingeniosas estratagemas del enemigo. Pero con las fuerzas de Jesús, estuvo más que capacitado para vivir una vida fortalecida por el Espíritu Santo. El apóstol Pablo describe la habilitación producida por el Espíritu

Santo de este modo: “Para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu” (Efe. 3:16). Fortalecido por el Espíritu, el Pedro lleno de fe era un hombre cambiado.

DEFINAMOS LA FE

La fe se aferra a la promesa del Espíritu Santo como una realidad divina. Cree en la promesa de Cristo de conceder su Espíritu Santo en una medida abundante. La fe es un don de Dios en sí mismo (Rom. 12:3). “La fe que nos permite recibir los dones de Dios es un don en sí mismo, del que se imparte cierta medida a cada ser humano. Crece cuando se la ejerce al apropiarse de la Palabra de Dios. Para fortalecer la fe, debemos ponerla en contacto con la Palabra” (*La educación*, p. 254). Al contemplar a Jesús a través de su Palabra, el Espíritu que inspiró la Palabra aumenta nuestra fe (Rom. 10:17).

La fe, en realidad, es confianza. “La fe consiste en confiar en Dios, en creer que nos ama y sabe lo que es mejor para nuestro bien. Así, en vez de nuestro camino, nos induce a preferir el suyo. En vez de nuestra ignorancia, acepta su sabiduría; en vez de nuestra debi-

La fe consiste en confiar en Dios, en creer que nos ama y sabe lo que es mejor para nuestro bien.

lidad, su fuerza; en vez de nuestro pecado, su justicia. Nuestra vida, nosotros mismos, somos ya suyos; la fe reconoce su derecho de posesión, y acepta su bendición. Se indican la verdad, la integridad y la pureza como secretos del éxito de la vida. La fe es la que nos pone en posesión de estas virtudes” (*Mente, carácter y personalidad*, t. 2, pp. 560, 561). La fe es creer que él nos ama y que siempre tiene en mente lo que es mejor para nosotros. Mediante la fe, el Espíritu Santo nos lleva a captar la magnitud del don de la gracia ofrecida tan libremente en el Calvario. Mediante la fe, recibimos fortaleza espiritual para resistir las tentaciones del maligno.

Nuestra vida, nosotros mismos, somos ya suyos; la fe reconoce su derecho de posesión, y acepta su bendición.

Mediante la fe, somos capacitados para dar testimonio. Mediante la fe, somos motivados para hacer todo lo que nos pide Jesús y para obedecer todo lo que él mande. La fe se aferra a las promesas de Dios y cree que son nuestras.

En Pentecostés, los discípulos “extendían más y más la mano de la fe” y “bajo la obra del Espíritu Santo, aun los más débiles, ejerciendo fe en Dios, aprendían a desarrollar las facultades que les habían sido confiadas y llegaron a ser santifi-

cados, refinados y ennoblecidos” (*Los hechos de los apóstoles*, pp. 29, 41). Esta experiencia puede ser la nuestra. El Espíritu Santo anhela profundizar y aumentar nuestra fe. Nuestra fe crece en el contexto de una íntima relación con Jesús.

TRES MANERAS PRÁCTICAS DE AUMENTAR SU FE

1. Cuente con que el Espíritu Santo aumentará su fe a medida que estudie la Palabra de Dios. Aborde su estudio de la Biblia con un sentido de expectativa. Crea que el Espíritu que inspiró la Biblia va a llevar a cabo cambios milagrosos en su vida, a medida que se empeñe en estudiar la Palabra (2 Ped. 1:3, 4).
2. Aplique las promesas de la Palabra de Dios a su vida. Para recibir el beneficio del estudio bíblico, este debe aplicarse a nuestra vida en forma individual. Sumérjase en la historia. ¿Qué lecciones le está revelando el Espíritu Santo en el texto bíblico? ¿Qué ideas le está revelando para el diario vivir? ¿Qué convicciones está trayendo a su mente?
3. Actúe según la “medida de fe” que Dios ya ha colocado en su corazón. Mire más allá de las circunstancias actuales de su vida hacia las bendiciones que Dios tiene para usted en el futuro cercano. Si el Espíritu Santo lo impresiona para que haga algo, hágalo creyendo que será ricamente recompensado al actuar confiando en su Palabra.

A nosotros nos toca ejercitar la fe; pero el sentimiento gozoso y sus beneficios han de sernos dados por Dios. La gracia de Dios llega al alma por el canal de la fe viva, que está en nuestro poder ejercitar.

Para profundizar su propia fe, lea las siguientes promesas, y en el nombre de Jesús reclámelas como propias.

- “Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible” (Mat. 19:26).
- “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Heb. 4:16).
- “Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe” (Heb. 12:2).

- “Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye” (1 Juan 5:14).
- “El Señor desea que todos sus hijos sean felices, llenos de paz y obedientes. Mediante el ejercicio de la fe, el creyente llega a poseer esas bendiciones. Mediante ella, puede ser suplida cada deficiencia del carácter, cada contaminación purificada, cada falta corregida, cada excelencia desarrollada” (*Los be-*

chos de los apóstoles, p. 450).

- “He observado frecuentemente que los hijos del Señor descuidan la oración, y sobre todo la oración secreta; la descuidan demasiado. Muchos no ejercitan la fe que es su privilegio y deber ejercitar, y a menudo aguardan aquel sentimiento íntimo que solo la fe puede dar. El sentimiento de por sí no es fe. Son dos cosas distintas. A nosotros nos toca ejercitar la fe; pero el sentimiento gozoso y sus beneficios han de sernos dados por Dios. La gracia de Dios llega al alma por el canal de la fe viva, que está en nuestro poder ejercitar.

“La fe verdadera demanda la bendición prometida y se aferra a



ella antes de saberla realizada y de sentirla. Debemos elevar nuestras peticiones al lugar santísimo con una fe que dé por recibidos los

Muchos confundirán los sentimientos con la fe. Buscarán una experiencia espiritual que estimule sus emociones y los haga sentir bien.

prometidos beneficios y los considere ya suyos. Hemos de creer, pues, que recibiremos la bendición, porque nuestra fe ya se apropió de ella, y, según la Palabra, es nuestra. ‘Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá’ (Mar. 11:24). Esto es fe sincera y pura: creer que recibiremos la bendición aun antes de recibirla en realidad. Cuando la bendición prometida se siente y se disfruta, la fe queda anonadada. Pero muchos suponen que tienen gran fe cuando participan del Espíritu Santo en forma destacada, y que no pueden tener fe a menos que sientan el poder del Espíritu. Los tales confunden la fe con la bendición que nos llega por medio de ella.

“Precisamente el tiempo más apropiado para ejercer fe es cuando nos sentimos privados del Espíritu. Cuando parecen asentarse densas nubes sobre la mente, es cuando se

debe dejar que la fe viva atravesando las tinieblas y disipe las nubes. La fe verdadera se apoya en las promesas contenidas en la Palabra de Dios, y únicamente quienes obedezcan a esta Palabra pueden pretender que se cumplan sus gloriosas promesas” (*Primeros escritos*, pp. 72, 73).

LA FE SE HACE ESCASA

Evidentemente, esta relación de confianza con Dios mediante su palabra escaseará en el tiempo del fin. Jesús declaró: “Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?” (Luc. 18:8). Muchos confundirán los sentimientos con la fe. Buscarán una experiencia espiritual que estimule sus emociones y los haga sentir bien. Otros caerán en la trampa opuesta del formalismo frío. El Espíritu Santo está guiando a su iglesia hacia

El Espíritu Santo está guiando a su iglesia hacia una experiencia de fe mucho más profunda de lo que posiblemente podríamos imaginarnos; una experiencia de confianza total en Dios, de seguridad en su Palabra y de obediencia a su voluntad.

una experiencia de fe mucho más profunda de lo que posiblemente podríamos imaginarnos; una experiencia de confianza total en Dios, de seguridad en su Palabra y de obediencia a su voluntad. ¿Desea usted de todo corazón llevar una vida de profunda fe? ¿Por qué no se arrodilla y le pide al Espíritu Santo que aumente su fe y que lo guíe para vivir esa vida ahora?

SECCIÓN 2

Reflexionemos en el consejo divino

Lea atentamente la porción que sigue de *El Deseado de todas las gentes*, páginas 627-631.

Esta vez se oyó la voz de Pedro que protestaba vehementemente: “Aunque todos se escandalicen, yo no”. En el aposento alto había declarado: “Mi alma pondré por ti”. Jesús le había advertido que esa misma noche negaría a su Salvador. Ahora Cristo le repite la advertencia: “De cierto te digo que tú, hoy, en esta noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres veces”. Pero Pedro “con mayor insistencia decía: Si me fuere necesario morir contigo, no te negaré. También todos decían lo mismo” (Mar. 14:29, 30). En la confianza que tenían en sí mismos, negaron la repetida declaración del Ser que sabía. No estaban preparados para la prueba; cuando la tentación les sobreviniese, comprenderían su propia debilidad.

Cuando Pedro dijo que seguiría

Jesús miró con compasión a sus discípulos. No podía salvarlos de la prueba, pero no los dejó sin consuelo.

a su Señor hasta la cárcel y hasta la muerte, cada palabra era sincera; pero no se conocía a sí mismo. Ocultos en su corazón estaban los elementos del mal que las circunstancias esparcirían en la vida. A menos que fuese consciente de su peligro, esos elementos provocarían su ruina eterna. El Salvador veía en él una egolatría y una seguridad que superarían incluso su amor por Cristo. En su experiencia se habían revelado muchas flaquezas, mucho pecado no subyugado, muchas negligencias de espíritu, un temperamento no santificado y una temeridad para exponerse a la tentación. La solemne advertencia de Cristo fue una invitación a escudriñar su corazón. Pedro necesitaba desconfiar de sí mismo y tener una fe más profunda en Cristo. Si hubiese recibido con humildad la advertencia, habría suplicado al Pastor del rebaño que guardase a su oveja. Cuando, en el Mar de Galilea, estaba por hundirse, clamó: “¡Señor, sálvame!” (Mat. 14:30). Entonces la mano de Cristo se extendió para tomar la suya. Así también ahora, si hubiese clamado a Jesús: “Sálvame de mí mismo”, habría sido

guardado. Pero Pedro sintió que se desconfiaba de él, y pensó que eso era cruel. A partir de ese instante se ofendió, y se volvió más persistente en su confianza propia.

Jesús miró con compasión a sus discípulos. No podía salvarlos de la prueba, pero no los dejó sin consuelo. Les aseguró que él estaba por romper las cadenas del sepulcro y que su amor por ellos no fallaría. Dijo: “Después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea” (Mat. 26:32). Antes que lo negaran, les aseguró el perdón. Después de su muerte y resurrección supieron que estaban perdonados y que el corazón de Cristo los amaba.

Jesús y los discípulos iban hacia Getsemaní, al pie del Monte de los Olivos, lugar apartado que él había visitado con frecuencia para meditar y orar. El Salvador había estado explicando a sus discípulos la misión que lo había traído al mundo y la relación espiritual que debían sostener con él. Ahora ilustró la lección. La luna brillaba, y le reveló una floreciente vid. Llamando la atención de los discípulos hacia ella, la empleó como símbolo.

Dijo: “Yo soy la vid verdadera”. En vez de elegir la elegante palmera, el sublime cedro o el fuerte roble, Jesús tomó la vid con sus zarcillos prensiles para representarse. La palmera, el cedro y el roble se sostienen solos. No necesitan apoyo. Pero la vid se aferra al enrejado, y así sube hacia el cielo. Así también Cristo en su humanidad dependía del poder divino. Él declaró: “No puedo yo hacer nada por mí mis-

mo” (Juan 5:30).

“Yo soy la vid verdadera”. Los judíos siempre habían considerado la vid como la más noble de las plantas, y un tipo de todo lo poderoso, excelente y fructífero. Israel había sido representado como una vid que Dios había plantado en la tierra prometida. Los judíos fundaban su esperanza de salvación en el hecho de estar conectados con Israel. Pero Jesús dice: “Yo soy la Vid verdadera”. No piensen que por estar conectados con Israel pueden llegar a ser participantes de la vida de Dios y herederos de su promesa. Solo a través de mí se recibe vida espiritual.

“Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador”. Nuestro Padre celestial había plantado su buena Vid en las colinas de Palestina, y él mismo era el labrador. Muchos eran

Así, por medio de la intervención del Espíritu Santo, el hombre llega a ser participante de la naturaleza divina. Es acepto en el Amado.

atraídos por la belleza de esa Vid y proclamaban su origen celestial. Pero para los dirigentes de Israel parecía como una raíz en tierra seca. Tomaron la planta y la maltrataron y pisotearon bajo sus profanos pies. Querían destruirla para siempre.



Pero el Viñador celestial nunca perdió de vista su planta. Después de que los hombres pensaron que la habían matado, la tomó y la volvió a plantar al otro lado de la muralla. Ya no se vería el tronco. Quedaría oculta de los rudos ataques de los hombres. Pero los sarmientos de la Vid colgaban por encima de la muralla. Ellos representarían a la Vid. A través de ellos todavía se podrían unir injertos a la Vid. De ellos se ha ido obteniendo fruto. Ha habido una cosecha que los transeúntes han arrancado.

“Yo soy la vid, vosotros los pámpanos”, dijo Cristo a sus discípulos. Aunque él estaba por ser arrebatado de entre ellos, su unión espiritual con él no habría de cambiar. Dijo: “La conexión del sarmiento con la vid representa la relación que deben mantener conmigo. La púa es injertada en la vid viviente, y fibra tras fibra, vena tras vena, va creciendo en el tronco. La vida de la vid llega a ser la vida del sarmiento”. Así también el alma muerta en delitos

y pecados recibe vida a través de su conexión con Cristo. Esa unión se forma por medio de la fe en él como Salvador personal. El pecador une su debilidad a la fuerza de Cristo, su vacuidad a la plenitud de Cristo, su fragilidad a la potencia perdurable de Cristo. Entonces tiene la mente de Cristo. La humanidad de Cristo ha tocado nuestra humanidad, y nuestra humanidad ha tocado la divinidad. Así, por medio de la intervención del Espíritu Santo, el hombre llega a ser participante de la naturaleza divina. Es acepto en el Amado.

Esa unión con Cristo, una vez formada, debe ser mantenida. Cristo dijo: “Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí”. Este no es un contacto casual, ni una conexión que se realiza y se corta luego. El sarmiento llega a ser parte de la vid viviente. La comunicación de la vida, la fuerza

y la capacidad fructífera desde la raíz hacia las ramas se verifica en forma constante y sin obstrucción. Separado de la vid, el sarmiento no puede vivir. Así tampoco, dijo Jesús, pueden vivir separados de mí. La vida que han recibido de mí puede preservarse únicamente por medio de la comunión continua. Sin mí no podéis vencer un solo pecado ni resistir una sola tentación.

“Permaneced en mí, y yo en vosotros”. El permanecer en Cristo significa un constante recibir de su Espíritu, una vida de entrega sin reservas a su servicio. El canal de comunicación debe estar continuamente abierto entre el hombre y su Dios. Así como el sarmiento de la vid recibe constantemente la savia de la vid viviente, así hemos de aferrarnos a Jesús y recibir de él, por medio de la fe, la fuerza y la perfección de su propio carácter.

La raíz envía su nutrimento a través del sarmiento a la ramificación más lejana. Así comunica Cristo la corriente de su fuerza espiritual a todo creyente. Mientras el alma esté unida a Cristo, no hay peligro de que se marchite o decaiga.

La vida de la vid se manifestará en el fragante fruto de los sarmientos. Jesús dijo: “El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer”. Cuando vivamos por medio de la fe en el Hijo de Dios, los frutos del Espíritu se verán en nuestra vida; no faltará uno solo.

“Mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará”. Aunque el injerto

esté unido exteriormente a la vid, puede faltar la conexión vital. Entonces no habrá crecimiento ni frutos. De modo que puede haber una conexión aparente con Cristo sin una verdadera unión con él por medio de la fe. Una profesión de religión coloca a los hombres en la iglesia, pero el carácter y la conducta demuestran si están conectados con Cristo. Si no llevan fruto, son sarmientos falsos. Su separación de Cristo implica una ruina tan completa como la representada por el sarmiento muerto. Cristo dijo: “El que en mí no permanece, será echado fuera como mal pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden”.

“Todo pámpano... que lleva fruto, lo limpiaré [podará], para que lleve más fruto”. De los doce escogidos que habían seguido a Jesús, uno estaba por ser sacado como rama seca; el resto iba a pasar bajo la podadora de la amarga

El permanecer en Cristo significa un constante recibir de su Espíritu, una vida de entrega sin reservas a su servicio.

prueba. Con solemne ternura Jesús explicó el propósito del labrador. La poda causará dolor, pero es el Padre quien aplica la podadora. Él no trabaja con mano despiadada o corazón indiferente. Hay ramas



que se arrastran por el suelo; tienen que ser separadas de los apoyos terrenales en los cuales se han enredado sus zarcillos. Han de dirigirse hacia el cielo y hallar su apoyo en Dios. El follaje excesivo, que desvía de la fruta la corriente vital, debe ser suprimido. El exceso de crecimiento debe ser cortado, para dar lugar a los sanadores rayos del Sol de Justicia. El labrador poda lo que perjudica el crecimiento, con el fin de que el fruto pueda ser más rico y abundante.

Jesús dijo: “En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto”. [Es decir:] “Dios desea manifestar a través de ustedes la santidad, la benevolencia, la compasión de su propio carácter”. Sin embargo, el Salvador no invita a los

discípulos a trabajar para llevar fruto. Les dice que permanezcan en él. “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho”. Es a través de la Palabra que Cristo mora en sus seguidores. Es la misma unión vital representada por comer su carne y beber su sangre. Las palabras de Cristo son espíritu y vida. Al recibir las, reciben la vida de la Vid. Viven “de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4). La vida de Cristo en ustedes produce los mismos frutos que en él. Viviendo en Cristo, adhiriéndose a Cristo, sostenidos por Cristo, recibiendo nutrimento de Cristo, llevan fruto según la semejanza de Cristo. 🔥

DÍA 3

EL ARREPENTIMIENTO SINCERO



Justo antes de su ascensión, Jesús dio instrucciones específicas a sus discípulos de que “esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí” (Hech. 1:4). ¿Qué quiso decir? ¿Simplemente estuvieron sentados ociosamente en el aposento alto sin hacer nada o tuvieron que cumplir un papel definido para preparar su corazón a fin de recibir el don celestial? ¿Hubo algunas cosas que debieron hacer? Si es así, ¿cuáles fueron? Y lo que es más importante, ¿qué podemos aprender de la experiencia del

aposento alto acerca del derramamiento del Espíritu Santo?

Al comentar sobre estos diez días de espera, por inspiración divina Elena de White nos da esta valiosa perspectiva: “Después de la ascensión de Cristo, los discípulos se reunieron en un lugar para suplicar humildemente a Dios. Y después de escudriñar el corazón y de realizar un examen personal durante diez días, quedó preparado el camino para que el Espíritu Santo entrara en los templos del alma limpios y consagrados” (*El*

evangelismo, p. 506). En un poderoso capítulo de *Los hechos de los apóstoles* titulado “Pentecostés”, ella agrega: “Mientras los discípulos esperaban el cumplimiento de la promesa, humillaron sus corazones con verdadero arrepentimiento, y confesaron su incredulidad” (*Los hechos de los apóstoles*, p. 29).

¿De qué se tenían que arrepentir? Supongo que de muchas cosas. Santiago y Juan probablemente se arrepintieron de su impaciencia y orgullo. Pedro posiblemente se arrepintió de su falta de fe, y To-

El Salvador murió por el engrimiento de ellos, por su deseo de preeminencia, por su orgullo y su dureza de corazón.

más de sus dudas. Cada uno de los discípulos se postró ante Dios y desnudó su alma. Reconocieron que fue por sus pecados que Jesús fue clavado a ese madero cruel. El Salvador murió por el engrimiento de ellos, por su deseo de preeminencia, por su orgullo y su dureza de corazón. El Espíritu Santo condujo a estos discípulos que oraban a una profunda convicción de su pecaminosidad. En el arrepentimiento genuino, no hay excusa para el pecado, porque es “su benignidad” la que nos guía a cada uno al arrepentimiento (Rom. 2:4).

Es imposible arrepentirnos sinceramente de nuestros pecados a menos que Jesús nos dé el don del arrepentimiento. En Hechos 5, los apóstoles proclaman al Jesús que “Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a

Así como no podemos ser perdonados sin Cristo, tampoco podemos arrepentirnos sin el Espíritu de Cristo, que es quien despierta la conciencia.

Israel arrepentimiento y perdón de pecados” (Hech. 5:31). “Así como no podemos ser perdonados sin Cristo, tampoco podemos arrepentirnos sin el Espíritu de Cristo, que es quien despierta la conciencia. Cristo es la fuente de todo impulso correcto. Él es el único que puede implantar enemistad contra el pecado en el corazón. Todo deseo por verdad y pureza, toda convicción de nuestra propia pecaminosidad, es una evidencia de que su Espíritu está obrando en nuestro corazón” (*El camino a Cristo*, p. 25).

DEFINAMOS EL ARREPENTIMIENTO

El arrepentimiento es una actitud de profunda tristeza por el pecado. No queremos ofender con nuestros actos, actitudes y elecciones pecaminosas a Aquel que nos ama tanto. Cuando reconocemos su enorme amor por nosotros, nos apartamos y aborrecemos todo lo que le entristece de alguna manera. El arrepentimiento supone aun más que apartarse del pecado. Implica un cambio de corazón. Las cosas que una vez disfrutábamos, ahora las detestamos. Con David podemos clamar: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí” (Sal. 51:10). El anhelo del corazón verdaderamente arrepentido es un deseo de complacer a Jesús en todos los aspectos de la vida.

En todo el libro de Hechos, el arrepentimiento y la recepción del Espíritu Santo están estrechamente relacionados. En la conclusión de su

sermón de Pentecostés, Pedro amonestó a sus oyentes: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don

El arrepentimiento supone aun más que apartarse del pecado. Implica un cambio de corazón.

del Espíritu Santo” (Hech. 2:38). En Hechos 3:19, nos suplica a nosotros al igual que a su audiencia inmediata: “Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio” (Hech. 3:19). En *Primeros escritos*, página 86, Elena de White define este refrigerio de la presencia del Señor como la lluvia tardía. Al arrepentirnos, o sentir una profunda pena por el pecado, Dios prepara nuestro corazón para la recepción del Espíritu Santo.

UN RESUMEN DE LO QUE APRENDIMOS ACERCA DEL ARREPENTIMIENTO

1. El arrepentimiento es una profunda tristeza de corazón por el pecado que hace que ansiamos complacer a Jesús en cada aspecto de nuestra vida.
2. El arrepentimiento es un don de Dios. Sin la obra del Espíritu Santo en nuestra vida para guiarnos al arrepentimiento,

es imposible experimentar un arrepentimiento genuino.

3. El arrepentimiento no solo implica un cambio de nuestros actos, sino también un profundo cambio de nuestras actitudes.
4. El arrepentimiento prepara nuestro corazón para la presencia del Espíritu Santo.
5. El arrepentimiento es necesario para recibir la lluvia tardía y para ser un testigo poderoso de Jesús en la última generación.

¿Acaso el Espíritu Santo lo está convenciendo de que no están en armonía con la voluntad de Dios? ¿Tiene ciertas actitudes que no son semejantes a Jesús? ¿Existen hábitos a los que se aferra a sabiendas que necesitan ser entregados? ¿Hacia dónde está guiando su vida nuestro Señor? ¿Qué pasos le está indicando que dé? ¿Está usted dispuesto a humillarse ante Dios con arrepentimiento sincero y pedirle que lo perdone por sus actitudes pecaminosas?

En el último libro de la Biblia,

Al arrepentirnos, o sentir una profunda pena por el pecado, Dios prepara nuestro corazón para la recepción del Espíritu Santo.

se dice que Laodicea, la iglesia de la hora del juicio, está llena de orgullo espiritual. Dice ser rica, llena de bienes y sin necesidad de nada. Dios deja en evidencia su fingi-

miento e hipocresía declarando que es tibia y displicente y le aconseja: “Sé, pues, celoso, y arrepiéntete” (Apoc. 3:19).

¿Escucha usted que el Espíritu Santo está hablando a su corazón? ¿Por qué no cae de rodillas y se arrepiente? Dígame a Dios que no es todo lo que quiere ser. Pídale que le revele lugares ocultos que acechan en lo profundo de su interior que no están en armonía con su voluntad. Entréguele las cosas que él le señale. Al responder a los llamados del Espíritu y caer de rodillas con pesar por su pecado, Dios llenará su corazón con la plenitud del Espíritu.

SECCIÓN 2

Reflexionemos en el consejo divino

Lea atentamente la porción que sigue de *Los hechos de los apóstoles*, páginas 29-31:

Cuando los discípulos volvieron del Monte de los Olivos a Jerusalén, la gente los miraba, esperando ver en sus rostros expresiones de tristeza, confusión y chasco; pero vieron alegría y triunfo. Los discípulos no lloraban ahora esperanzas frustradas. Habían visto al Salvador resucitado, y las palabras de su promesa de despedida repercutían constantemente en sus oídos.

En obediencia a la orden de Cristo, aguardaron en Jerusalén la promesa del Padre, el derramamiento del Espíritu. No aguardaron ociosos. El relato dice que estaban “de continuo en el templo, alabando y bendiciendo a Dios”. También se

Cuando meditaban en su vida pura y santa, sentían que no habría trabajo demasiado duro, ni sacrificio demasiado grande, si tan solo pudiesen ellos atestiguar con su vida la belleza del carácter de Cristo.

reunieron para presentar sus pedidos al Padre en el nombre de Jesús. Sabían que tenían un Representante en el cielo, un Abogado ante el trono de Dios. Con solemne temor reverente se postraron en oración, repitiendo las palabras impregnadas de seguridad: “Todo cuanto pidieren al Padre en mi nombre, les dará. Hasta ahora nada han pedido en mi nombre: pidan y recibirán, para que vuestro gozo sea cumplido” (Juan 16:23, 24). Extendían más y más la mano de la fe, con el poderoso argumento: “Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, quien además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Rom. 8:34).

Mientras los discípulos esperaban el cumplimiento de la pro-

Resolvieron que, hasta donde fuese posible, expiarían su incredulidad confesándolo valientemente delante del mundo.

mesa, humillaron sus corazones con verdadero arrepentimiento, y confesaron su incredulidad. Al recordar las palabras que Cristo les había hablado antes de su muerte, entendieron más plenamente su significado. Fueron traídas de nuevo a su memoria verdades que habían olvidado, y las repetían unos a otros. Se reprocharon a sí mismos el haber comprendido tan mal al Salvador. Como en procesión, pasó delante de ellos una

No pedían una bendición simplemente para sí. Estaban abrumados por la preocupación de salvar almas.

escena tras otra de su maravillosa vida. Cuando meditaban en su vida pura y santa, sentían que no habría trabajado demasiado duro, ni sacrificio demasiado grande, si tan solo pudiesen ellos atestiguar con su vida la belleza del carácter de Cristo. ¡Oh, si tan solo pudieran vivir de nuevo los tres años pasados, pensaban ellos, de cuán diferente modo procederían! Si solo pudieran ver al Señor de nuevo, cuán fervorosamente tratarían de mostrar la profundidad de su amor y la sinceridad de la tristeza que sentían por haberle apenado con palabras o actos de incredulidad. Pero se consolaron con el pensamiento de que estaban perdonados. Y resolvieron que, hasta

donde fuese posible, expiarían su incredulidad confesándolo valientemente delante del mundo.

Los discípulos oraron con intenso fervor pidiendo capacidad para encontrarse con los hombres, y en su trato diario hablar palabras que pudieran guiar a los pecadores a Cristo. Poniendo aparte toda diferencia, todo deseo de supremacía, se unieron en estrecho compañerismo cristiano. Se acercaron más y más a Dios, y al hacer esto comprendieron cuán grande privilegio habían tenido al poder asociarse tan estrechamente con Cristo. La tristeza llenó sus corazones al pensar en cuántas veces le habían apenado por su tardo entendimiento y su incomprensión de las lecciones que, para el bien de ellos, estaba procurando enseñarles.

Estos días de preparación fueron días de profundo escudriñamiento del corazón. Los discípulos sentían su necesidad espiritual, y clamaban al Señor por la santa unción que los había de hacer idóneos para la obra de salvar almas. No pedían una bendición simplemente para sí. Estaban abrumados por la preocupación de salvar almas. Comprendían que el evangelio había de proclamarse al mundo, y demandaban el poder que Cristo había prometido.

Durante la era patriarcal, la influencia del Espíritu Santo se había revelado a menudo en forma señalada, pero nunca en su plenitud. Ahora, en obediencia a la palabra del Salvador, los discípulos ofrecieron sus súplicas por este don, y en el cielo Cristo añadió su intercesión.

Reclamó el don del Espíritu, para poder derramarlo sobre su pueblo.

“Y como se cumplieron los días de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos; y de repente vino un estruendo del cielo como de un viento recio que corría, el cual hinchó toda la casa donde estaban sentados”.

Sobre los discípulos que esperaban y oraban vino el Espíritu con una plenitud que alcanzó a todo corazón. El Ser Infinito se reveló con poder a su iglesia. Era como si durante siglos esta influencia hubiera estado restringida, y ahora el Cielo se regocijara en poder derramar sobre la iglesia las riquezas de la gracia del Espíritu. Y bajo la influencia del Espíritu, las palabras de arrepentimiento y confesión se mezclaban con cantos de alabanza por el perdón de los pecados. Se oían palabras de agradecimiento y de profecía. Todo el Cielo se inclinó para contemplar y adorar la sabiduría del incomparable e incomprensible amor. Extasiados de asombro, los apóstoles exclamaron: “En esto consiste el amor”. Se

Todo el Cielo se inclinó para contemplar y adorar la sabiduría del incomparable e incomprensible amor.

asieron del don impartido. ¿Y qué siguió? La espada del Espíritu, recién afilada con el poder y bañada en los rayos del cielo, se abrió paso a través de la incredulidad. Miles se convirtieron en un día. 🔥

DÍA 4

LA CONFESIÓN HONESTA



La confesión de los pecados siempre ha caracterizado a un reavivamiento auténtico. La confesión abre el corazón y allana el camino para el poderoso derramamiento del Espíritu de Dios. Si las avenidas del alma están obstruidas por el pecado, el Espíritu no puede fluir a través de nosotros para impactar al mundo. El pecado no confesado se convierte en un estorbo para todo lo que Dios desea hacer mediante su iglesia. El

sabio declara: “El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia” (Prov. 28:13). No “prosperaremos” espiritualmente a menos que seamos honestos con nosotros mismos y con Dios. El pecado no confesado es el cáncer del alma. Antes de que el Espíritu Santo nos llene y nos dé poder, nos convence y nos instruye. A menos que confesemos los pecados que el Espíritu Santo nos señala, nuestro

corazón se volverá infecundo. Si rehusamos escuchar la voz de la convicción, nunca recibiremos el derramamiento del Espíritu Santo con el poder de la lluvia tardía.

Cuando los discípulos se reunieron en el aposento alto, buscando fervientemente a Dios en oración, comprendieron con claridad la necesidad de confesar honestamente sus pecados a Dios y unos a otros cuando era necesario. “Después de la ascensión de

Los ricos tesoros del cielo fueron derramados sobre ellos después de escudriñar diligentemente sus corazones y sacrificar todo ídolo.

Cristo, el Espíritu Santo no descendió inmediatamente. Pasaron diez días antes de que el Espíritu Santo fuera derramado. Los discípulos dedicaron ese tiempo a prepararse con mucho fervor a fin de recibir tan precioso don. Los ricos tesoros del cielo fueron derramados sobre ellos después de escudriñar diligentemente sus corazones y sacrificar todo ídolo.

Si los propios discípulos de Cristo necesitaban preparar el corazón para la lluvia temprana a fin de iniciar la proclamación evangélica con el poder pentecostal, cuánto más necesitamos nosotros preparar nuestro corazón hoy en la hora final y culminante de la tierra.

Estaban ante Dios para humillar sus almas, fortalecer su fe y confesar sus pecados” (*Cada día con Dios*, p. 10). Antes del derramamiento del Espíritu Santo, se necesitó una obra de preparación. “Mientras los discípulos esperaban el cumplimiento de la promesa, humillaron sus corazones con verdadero arrepentimiento, y confesaron su incredulidad” (*Los hechos de los apóstoles*, p. 29). Si los propios discípulos de Cristo necesitaban preparar el corazón para la lluvia temprana a fin de iniciar la proclamación evangélica con el poder pentecostal, cuánto más necesitamos nosotros preparar nuestro corazón hoy en la hora final y culminante de la tierra. Si el pecado obstaculizaba el camino del poderoso derramamiento del Espíritu Santo en aquel entonces, por cierto hará lo mismo ahora. Si la confesión preparó sus corazones para recibir al Espíritu Santo, preparará nuestro corazón también.

LA CONFESIÓN DE PECADOS ESPECÍFICOS

El servicio del Santuario en el Antiguo Testamento brinda una lección vital sobre la naturaleza de la confesión. Cuando un israelita percibía la culpa de su pecado y llevaba su ofrenda al Santuario, Levítico capítulo 5 describe lo que ocurría a continuación. “Cuando pecare en alguna de estas cosas, confesará aquello en que pecó” (Lev. 5:5). La confesión siempre era muy específica. El pecador que llevaba el cordero colocaba sus

manos sobre la cabeza del sacrificio y confesaba la manera definida en que había pecado. Al comentar sobre la importancia de la confesión, Elena de White afirma: “La verdadera confesión es siempre de carácter específico y reconoce pecados particulares. Pueden ser de tal naturaleza que solo deban presentarse delante de Dios; pueden ser agravios que deban confesarse individualmente a los que hayan sufrido daño por ellos; o pueden ser de un carácter público y, en ese caso, deberán confesarse públicamente. Toda confesión debería ser definida y al punto, reconociendo los mismos pecados de que seas culpable” (*El camino a Cristo*, pp. 37, 38).

¿Ha albergado pensamientos de crítica? ¿Ha pronunciado palabras hirientes? ¿Ha sido impaciente y descortés? ¿Ha sido descuidado al guardar el sábado o infiel al devolver el diezmo? El pecado obstruye las arterias de nuestro corazón espiritual. Corroe las avenidas del alma. Bloquea la bendición que Dios anhela derramar a través de

El pecado obstruye las arterias de nuestro corazón espiritual. Corroe las avenidas del alma. Bloquea la bendición que Dios anhela derramar a través de nosotros.

nosotros. La respuesta es la confesión. Al postrarnos ante nuestro Dios perdonador y misericordioso y confesar los pecados específicos de los que el Espíritu Santo nos convence, recibiremos el perdón y la liberación de la culpa. Esto nos lleva a tres preguntas de suma importancia. ¿Cuándo debiéramos pedirle perdón a alguien que hemos agraviado? ¿Cuándo es apropiado confesar públicamente nuestros pecados?

LA CONFESIÓN A DIOS Y A LOS DEMÁS

¿Cuándo debiéramos confesar nuestros pecados únicamente a Dios? El apóstol Pablo anhelaba tener “siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres” (Hech. 24:16). Podemos tener una conciencia limpia cuando confesamos nuestros pecados a Dios. Si después de habernos confesado ante Dios nuestra sensación de culpa todavía persiste, quizá tengamos que hacernos esta pregunta. ¿Perjudiqué o lastimé a alguien de alguna manera, puesto que el Espíritu Santo me está guiando a pedirle perdón? Si hemos discutido con otra persona o nos impacientamos o enojamos con ella, el Espíritu Santo nos convence de que le pidamos perdón. Este es un principio de suma importancia para determinar si usted debiera pedirle perdón a otra persona. Usted arregla la porción de la verja que está rota. Si sus actos han provocado un distanciamiento en una relación con otra persona,

Usted arregla la porción de la verja que está rota.

el hecho de pedirle perdón puede reparar el cerco roto en la relación y dar testimonio del poder de la gracia de Dios que obra en su vida. Si pronunció palabras desagradables acerca de alguien, arregle el cerco donde esté roto. Acérquese a la persona a la que le habló e intente reparar el daño que causó en la reputación de otro.

¿Cuándo es apropiada la confesión pública? Solo cuando los pecados que usted cometió son públicos. Si usted ha renegado

de su compromiso con Cristo y ha deshonrado públicamente el nombre de Cristo y de su iglesia, a veces es apropiada la confesión pública. Aunque, por supuesto, no es necesario y extremadamente desaconsejable entrar en todos los detalles escabrosos del pecado, un testimonio de la gracia de Dios y de nuestra tristeza por defraudarlo trae sanidad a nuestro corazón y a la iglesia.

Jesús todavía es el Salvador perdonador. Todavía nos limpia de la culpa y la vergüenza del pecado. Cuando vamos a él y le confesamos honestamente nuestros pecados, nuestro corazón está preparado para recibir la presencia de su Espíritu Santo. Para facilitar la mo-



rada del Espíritu Santo en su vida, lea en oración la siguiente serie de preguntas:

1. ¿Hay algo en mi vida que me impide recibir el derramamiento del Espíritu Santo?
2. ¿Hay algún pecado acechando en lo profundo de mi ser que todavía no he confesado ni abandonado?
3. ¿Hay alguien a quien haya herido u ofendido al que debiera pedirle perdón?
4. ¿He aceptado plenamente el perdón de Dios o todavía albergo sentimientos de culpa innecesariamente?
5. ¿Confío plenamente en que Jesús perdona mis pecados?

SECCIÓN 2

Reflexionemos en el consejo divino

Lea atentamente la porción que sigue de *Los hechos de los apóstoles*, páginas 31-37.

Sobre los discípulos que esperaban y oraban vino el Espíritu con una plenitud que alcanzó a todo corazón. El Ser Infinito se reveló con poder a su iglesia. Era como si durante siglos esta influencia hubiera estado restringida, y ahora el Cielo se regocijara en poder derramar sobre la iglesia las riquezas de la gracia del Espíritu. Y bajo la influencia del Espíritu, las palabras de arrepentimiento y confesión se mezclaban con cantos de alabanza por el perdón de los pecados. Se

Esta diversidad de idiomas hubiera representado un gran obstáculo para la proclamación del evangelio; por lo tanto, Dios suplió de una manera milagrosa la deficiencia de los apóstoles.

oían palabras de agradecimiento y de profecía. Todo el Cielo se inclinó para contemplar y adorar la sabiduría del incomparable e incomprensible amor. Extasiados de asombro, los apóstoles exclamaron: “En esto consiste el amor”. Se asieron del don impartido. ¿Y qué siguió? La espada del Espíritu, recién afilada con el poder y bañada en los rayos del cielo, se abrió paso a través de la incredulidad. Miles se convirtieron en un día.

“Es necesario que yo vaya —había dicho Cristo a sus discípulos—; porque si yo no fuese, el Consolador no vendría a ustedes; pero si yo fuere, lo enviaré... Pero cuando viniere aquel Espíritu de verdad, él los guiará a toda verdad; porque no hablará de sí mismo, sino que hablará todo lo que oyere, y les hará saber las cosas que han de venir” (Juan 16:7, 13).

La ascensión de Cristo al cielo fue la señal de que sus seguidores iban a recibir la bendición prometida. Habían de esperarla antes de empezar a hacer su obra. Cuando Cristo entró por los portales celestiales, fue entronizado en medio de la adoración de los ángeles. Tan pronto como esta ceremonia hubo terminado, el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos en abundantes raudales, y Cristo fue

de veras glorificado con la misma gloria que había tenido con el Padre, desde toda la eternidad. El derramamiento pentecostal era la comunicación del Cielo de que el Redentor había iniciado su ministerio celestial. De acuerdo con su promesa, había enviado el Espíritu Santo del cielo a sus seguidores como prueba de que, como sacerdote y rey, había recibido toda autoridad en el cielo y en la tierra, y era el Ungido sobre su pueblo.

“Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, que se asentó sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, como el Espíritu les daba que hablasen”. El Espíritu Santo, asumiendo la forma de lenguas de fuego, descansó sobre los que estaban congregados. Esto era un emblema del don entonces concedido a los discípulos, que los habilitaba para hablar con facilidad idiomas antes desconocidos para ellos. La apariencia de fuego significaba el celo ferviente con que los apóstoles iban a trabajar, y el poder que iba a acompañar su obra.

“Moraban entonces en Jerusalén judíos, varones religiosos, de todas las naciones debajo del cielo”. Durante la dispersión, los judíos habían sido esparcidos a

casi todos los lugares del mundo habitado, y en su destierro habían aprendido a hablar varios idiomas. Muchos de estos judíos estaban en esta ocasión en Jerusalén, asistiendo a las festividades religiosas que se celebraban. Toda lengua conocida estaba representada por la multitud reunida. Esta diversidad de idiomas hubiera repre-

sentado un gran obstáculo para la proclamación del evangelio; por lo tanto, Dios suplió de una manera milagrosa la deficiencia de los apóstoles. El Espíritu Santo hizo por ellos lo que los discípulos no hubieran podido llevar a cabo en todo el curso de su vida. Ellos podían ahora proclamar las verdades del evangelio extensamente, pues

hablaban con corrección los idiomas de aquellos por quienes trabajaban. Este don milagroso era una evidencia poderosa para el mundo de que la comisión de ellos llevaba el sello del cielo. Desde entonces en adelante, el habla de los discípulos fue pura, sencilla y correcta, ya hablaran en su idioma nativo o en idioma extranjero.

“Y hecho este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno les oía hablar su propia lengua. Y estaban atónitos y maravillados, diciendo: He aquí ¿no son galileos todos estos que hablan? ¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en que somos nacidos?” Los sacerdotes y gobernantes se enfurecieron grandemente al ver esta manifestación maravillosa, pero no se atrevían a ceder a su malicia, por temor a exponerse a la violencia del pueblo. Habían dado muerte al Nazareno; pero allí estaban sus siervos, hombres indoctos de Galilea, contando en todos los idiomas entonces hablados, la historia de su vida y ministerio. Los sacerdotes, resueltos a explicar de alguna manera natural el poder milagroso de los discípulos, declararon que estaban borrachos, por haber bebido demasiado vino nuevo preparado para la fiesta. Algunos de los más ignorantes del pueblo presente aceptaron como cierta esta sugerencia, pero los más inteligentes sabían que era falsa; los que entendían las diferentes lenguas daban testimonio de la corrección con que estas lenguas eran usadas por los discípulos.



Desde entonces en adelante, el habla de los discípulos fue pura, sencilla y correcta, ya hablaran en su idioma nativo o en idioma extranjero.

En respuesta a la acusación de los sacerdotes, Pedro expuso que esta demostración era el cumplimiento directo de la profecía de Joel, en la cual predijo que tal poder vendría sobre los hombres con el fin de capacitarlos para una obra especial. “Varones judíos, y todos los que habitan en Jerusalén –dijo él–, esto les sea notorio, y oigan mis palabras. Porque éstos no están borrachos, como ustedes piensan, siendo la hora tercia del día; sino que esto es lo que fue dicho por el profeta Joel: Y será que en los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; y vuestros mancebos verán visiones, y vuestros viejos soñarán sueños; y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días derramaré mi Espíritu, y profetizarán”.

Con claridad y poder, Pedro dio testimonio de la muerte y resurrección de Cristo: “Varones israelitas, oigan estas palabras: Jesús Nazareno, varón aprobado de Dios entre ustedes en maravillas y prodigios y señales, que Dios hizo por él en medio de ustedes, como también ustedes saben; a éste... prendieron

y mataron por manos de los inicuos, crucificándole; al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible ser detenido por ella”.

Pedro no se refirió a las enseñanzas de Cristo para probar su aserto, porque sabía que el prejuicio de sus oyentes era tan grande que sus palabras a ese respecto no surtirían efecto. En lugar de ello, les habló de David, a quien consideraban los judíos como uno de los patriarcas de su nación. “David dice de él –declaró–: Veía al Señor siempre delante de mí: porque está a mi diestra, no seré conmovido. Por lo cual mi corazón se alegró, y se gozó mi lengua; y aún mi carne descansará en esperanza; que no dejarás mi alma en el infierno, ni darás a tu Santo que vea corrupción...”

“Varones hermanos, les puedo libremente decir del patriarca David: que murió, y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy... Habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el infierno, ni su carne vio corrupción. A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos”.

La escena está llena de interés. El

pueblo acude de todas direcciones para oír a los discípulos testificar de la verdad como es en Jesús. Se agolpa, llena el templo. Los sacerdotes y gobernantes están allí, con el oscuro ceño de la malignidad todavía en el rostro, con el corazón aún lleno de odio contra Cristo, con las manos manchadas por la sangre derramada cuando crucificaron al Redentor del mundo. Ellos habían pensado encontrar a los apóstoles acobardados de temor bajo la fuerte mano de la opresión y el asesinato, pero los hallaron por encima de todo temor, llenos del Espíritu, proclamando con poder la divinidad de Jesús de Nazaret. Los oyeron declarar con intrepidez que Aquel que había sido recientemente humillado, escarnecido, herido por manos crueles, y crucificado, era el Príncipe de la vida, exaltado ahora a la diestra de Dios.

Algunos de los que escuchaban a los apóstoles habían tomado parte activa en la condenación y muerte de Cristo. Sus voces se habían mezclado con las del populacho en demanda de su crucifixión. Cuando Jesús y Barrabás fueron colocados delante de ellos en la sala del juicio, y Pilato preguntó: “¿Cuál quieren que les suelte?”, ellos habían gri-

Comprendieron con perfecta claridad el objeto de la misión de Cristo y la naturaleza de su reino. Podían hablar con poder del Salvador; y mientras exponían a sus oyentes el plan de la salvación, muchos quedaron convictos y convencidos.

tado: “No a éste, sino a Barrabás” (Mat. 27:17; Juan 18:40). Cuando Pilato les entregó a Cristo, diciendo: “Tómenlo ustedes, y crucifíquenlo, porque yo no hallo en él crimen... inocente soy de la sangre de este justo”, ellos habían gritado: “Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos” (Juan 19:6; Mat. 27:24, 25).

Ahora oían a los discípulos declarar que era el Hijo de Dios el que había sido crucificado. Los sacerdotes y gobernantes temblaban. La convicción y la angustia se apoderaron del pueblo. “Entonces oído esto, fueron compungidos de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?” Entre los que escuchaban a los discípulos había judíos devotos, que eran sinceros en su creencia. El poder que acompañaba a las palabras del orador los convenció de que Jesús era en verdad el Mesías.

“Y Pedro les dice: Arrepíentanse y bautícense cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibirán el don del Espíritu Santo. Porque para ustedes es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare”.

Pedro insistió ante el convicto pueblo en el hecho de que habían rechazado a Cristo porque habían sido engañados por los sacerdotes y gobernantes; y en que si continuaban dependiendo del consejo de esos hombres y esperando que reconocieran a Cristo antes de reconocerlo ellos mismos, jamás le aceptarían. Esos hombres poderosos,

Las conversiones que se produjeron en el día de Pentecostés fueron el resultado de esa siembra, la cosecha de la obra de Cristo, que revelaba el poder de su enseñanza.

aunque hacían profesión de piedad, ambicionaban las glorias y riquezas terrenales. No estaban dispuestos a acudir a Cristo para recibir luz.

Bajo la influencia de esta iluminación celestial, las escrituras que Cristo había explicado a los discípulos resaltaron delante de ellos con el brillo de la verdad perfecta. El velo que les había impedido ver el fin de lo que había sido abolido, fue quitado ahora, y comprendieron con perfecta claridad el objeto de la misión de Cristo y la naturaleza de su reino. Podían hablar con poder del Salvador; y mientras exponían a sus oyentes el plan de la salvación, muchos quedaron convictos y convencidos. Las tradiciones y supersticiones inculcadas por los sacerdotes fueron barridas de sus mentes, y las enseñanzas del Salvador fueron aceptadas.

“Así que, los que recibieron su palabra, fueron bautizados; y fueron añadidas a ellos aquel día como tres mil personas”.

Los dirigentes judíos habían supuesto que la obra de Cristo terminaría con su muerte; pero en

vez de eso fueron testigos de las maravillosas escenas del día de Pentecostés. Oyeron a los discípulos predicar a Cristo, dotados de un poder y una energía hasta entonces desconocidos, y sus palabras confirmadas con señales y prodigios. En Jerusalén, la fortaleza del judaísmo, miles declararon abiertamente su fe en Jesús de Nazaret como el Mesías.

Los discípulos se asombraban y se regocijaban en gran manera por la amplitud de la cosecha de almas. No consideraban esta maravillosa mies como el resultado de sus propios esfuerzos; comprendían que estaban entrando en las labores de otros hombres. Desde la caída de Adán, Cristo había estado confiando a sus siervos escogidos la semilla de su palabra, para que fuese sembrada en los corazones humanos. Durante su vida en la tierra había sembrado la semilla de la verdad, y la había regado con su sangre. Las conversiones que se produjeron en el día de Pentecostés fueron el resultado de esa siembra, la cosecha de la obra de Cristo, que revelaba el poder de su enseñanza.

Los argumentos de los apóstoles por sí solos, aunque claros y convincentes, no habrían eliminado el prejuicio que había resistido tanta evidencia. Pero el Espíritu Santo hizo penetrar los argumentos en los corazones con poder divino. Las palabras de los apóstoles eran como saetas agudas del Todopoderoso que convencían a los hombres de su terrible culpa por haber rechazado y crucificado al Señor de gloria. 🔥

DÍA 5

UNIDOS EN AMOR



Años atrás, al comienzo de mi ministerio, me invitaron a dirigir una semana de énfasis espiritual en una escuela primaria cristiana. A medida que la semana avanzaba, se me hizo evidente que dos de los maestros estaban teniendo un serio conflicto. Las actitudes negativas del uno hacia el otro regularmente afloraban en las reuniones del personal. Si uno sugería una idea, el otro se le oponía. Cuando ambos

estaban presentes en una reunión, había una sensación de tensión en el aire. Era evidente que se detestaban uno al otro.

Hacia el final de la semana, prediqué sobre la sublime oración intercesora de Cristo en Juan 17. Jesús estaba a punto de dejar a sus discípulos. Pronto sería traicionado y crucificado. Se levantaría de la tumba y ascendería a su Padre. Esta oración ferviente refleja lo que había en su corazón. Revela lo que

había en su mente justo antes de su muerte en la cruz. El Salvador estaba preocupado por la unidad

El anhelo de Cristo era que cesaran la disensión, los celos, la lucha por la supremacía y el conflicto entre sus discípulos.

de la iglesia. Oró: “Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste” (Juan 17:21). El anhelo de Cristo era que cesaran la disensión, los celos, la lucha por la supremacía y el conflicto entre sus discípulos. Oró para que su unidad, a pesar de todas sus diferencias, revelara al mundo el poder de su amor.

Mientras compartía el anhelo del corazón de Jesús con estos alumnos y maestros, ocurrió algo notable. La última noche de nuestra semana de énfasis espiritual programamos una Santa Cena con lavamiento de pies. El Espíritu Santo se abrió paso. Dios causó un poderoso impacto. Los dos maestros que sufrían esa división, se arrodillaron y se lavaron los pies entre sí. El Espíritu de Dios derribó las barreras. Se abrazaron, confesaron sus actitudes negativas y oraron juntos.

EL DESEO DE SUPREMACÍA SE DESVANECIÓ

Los discípulos antes de Pentecostés también albergaban ambiciones egoístas. Inducida por el deseo de supremacía de sus hijos, la madre de Santiago y Juan le pidió a Jesús que cada uno de ellos tuviera un lugar prominente en lo que ellos creían que sería su reino terrenal próximo. “Ella le dijo: Ordena que en tu reino se sienten estos dos hijos míos, el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda” (Mat. 20:21). Esto, por supuesto, dio lugar a los

Los discípulos no pidieron una bendición para sí mismos. Sentían preocupación por las almas.

celos y la falta de unidad entre los otros discípulos. Meramente no estaban preparados para el derramamiento del Espíritu Santo con el poder pentecostal. Esta es una de las razones principales de que Jesús los instara a dedicar diez días a orar juntos en el aposento alto. Porque la unidad debe preceder al derramamiento del Espíritu Santo.

Cuando buscaron a Dios en oración, el Espíritu Santo unió sus corazones en amor cristiano. El relato de Hechos registra: “Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos” (Hech. 1:14). La descripción continúa en Hechos 2:1: “Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos”. Al comentar la experiencia de los discípulos en el aposento alto, Elena de White añade:

“Notemos que el Espíritu fue derramado después que los discípulos hubieron llegado a la unidad perfecta, cuando ya no contendían por el puesto más elevado. Eran unánimes. Habían desechado todas las diferencias. Y el testimonio que se da de ellos después que les fue dado el Espíritu es el mismo.

Notemos la expresión: ‘Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma’ (Hech. 4:32). El Espíritu de Aquel que había muerto para que los pecadores viviesen animaba a toda la congregación de los creyentes.

Los discípulos no pidieron una bendición para sí mismos. Sentían preocupación por las almas. El evangelio había de ser proclamado hasta los confines de la tierra y solicitaban la medida de poder que Cristo había prometido. Entonces fue cuando se derramó el Espíritu Santo y miles se convirtieron en un día” (*Consejos para la iglesia*, p. 176).

Durante estos diez días en el aposento alto, los discípulos confesaron sus diferencias menores entre sí. Se arrepintieron de sus celos y de su orgullo. Su corazón se llenó de amor por el Cristo que dio su vida por ellos y que ahora estaba a la diestra del Padre intercediendo en su favor. Sus ambiciones egoístas se consumieron por su amor a Cristo. Los discípulos experimentaron que “la unidad con Cristo establece un vínculo de unidad mutua. Esa unidad es la prueba más convincente ante el mundo de la majestad y virtud de Cristo y de su poder para eliminar los pecados” (Comentarios de Elena de White, *Comentario bíblico adventista*, t. 5, p. 1.122). La conversión auténtica redundaba en la unidad en el hogar y en la iglesia. Porque “los que estén verdaderamente convertidos se juntarán en unidad cristiana” (*Obreros evangélicos*, p. 500).

Cada creyente tiene dones que son valiosos para la edificación del cuerpo de Cristo.

LA BASE DE LA UNIDAD BÍBLICA

Esto nos lleva a algunas preguntas prácticas relacionadas con la unidad. La unidad, ¿significa que no hay diferencias de opinión? Los discípulos, ¿cómo pudieron participar de la unidad completa con disposiciones y personalidades tan distintas? ¿Qué es precisamente la unidad? ¿Cuál es la base de toda unidad en la iglesia cristiana? A continuación, hay cinco principios fundamentales que llevan a la unidad de la que habló Cristo:

1. Tenemos un Creador en común. Dios ha hecho a todas las naciones de una sola sangre. Somos uno en virtud del hecho de que tenemos un Padre en común. Él

Cuando los discípulos dedicaron tiempo para buscar a Dios en oración, el Espíritu Santo recalcó en sus mentes el hecho de que tenían un Creador, un Redentor, una herencia y una misión en común.

2. Tenemos un Redentor en común. Somos uno en virtud del hecho de que él nos redimió (Efe. 2:14-22).
3. Tenemos una herencia en común. Somos parte del cuerpo de Cristo, concedido por Dios para el servicio. Algunos tienen mayores dones que otros, pero cada creyente tiene dones que son valiosos para la edificación del cuerpo de Cristo (1 Cor. 12:4-11, 18-21).
4. Tenemos un mensaje en común. Los discípulos estaban unidos a través de un mensaje de la verdad presente que los distinguía del mundo (Efe. 4:12, 13; Apoc. 14:6-12).
5. Tenemos una misión en común. Los discípulos estaban

unidos a través de la gran comisión de Cristo de alcanzar al mundo con el evangelio. Sus ambiciones egoístas, su orgullo y el deseo de supremacía se consumieron en el altar del compromiso de llevar el evangelio al mundo (Mat. 28:18-20).

Cuando los discípulos dedicaron tiempo para buscar a Dios en oración, el Espíritu Santo recalcó en sus mentes el hecho de que tenían un Creador, un Redentor, una herencia y una misión en común. Las cosas que los unían eran mucho mayores que cualquier cosa que los dividiera. Y descubrieron que las cosas que los dividían no eran nada importantes. En el libro *Los hechos de los apóstoles*, Elena de White describe esta unidad con estas palabras: “En estos primeros discípulos



había notable diversidad. Habían de ser los maestros del mundo, y representaban muy variados tipos de carácter. Con el fin de realizar con éxito la obra a la cual habían sido llamados, estos hombres, de diferentes características naturales y hábitos de vida, necesitaban unirse en sentimiento, pensamiento y acción. Cristo se propuso conseguir esta unidad. Con ese fin trató de unirlos con él mismo. La mayor preocupación de su trabajo en favor de ellos se expresa en la oración que dirigió a su Padre: ‘Para que todos sean una cosa; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean en nosotros una cosa... y que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado, como también a mí me has amado’ (Juan 17:21, 23). Su constante oración por ellos era que pudiesen ser santificados por la verdad; y oraba con seguridad, sabiendo que un decreto todopoderoso había sido dado antes de que el mundo fuese. Sabía que el evangelio del reino debía ser predicado en testimonio a todas las naciones; sabía que la verdad revestida con la omnipotencia del Espíritu Santo habría de vencer en la batalla contra el mal, y que la bandera teñida de sangre flamearía un día triunfalmente sobre sus seguidores” (*Los hechos de los apóstoles*, pp. 17, 18).

La frase “unidad de sentimiento, pensamiento y acción” es una expresión fascinante. ¿Qué es precisa-

mente la unidad de sentimiento, la unidad de pensamiento y la unidad de acción? La unidad de sentimiento se refiere a un amor genuino y al respeto mutuo. A pesar de las diferencias de personalidad, por medio de Cristo estos primeros cristianos tenían un amor mutuo que era evidente para los que los observaban. El apóstol Juan aconsejó a los creyentes con estas palabras: “Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios” (1 Juan 4:7). La unidad de pensamiento se refiere a un sistema básico de creencias en común. Los discípulos estaban unidos en Cristo y en sus enseñanzas. La confianza en sus enseñanzas los unía. La comprensión de la verdad que él enseñó los unificó. La aceptación de las doctrinas que él propugnó les dio un enfoque común. La unidad de acción se refiere a la comprensión de la aceptación de su misión. Los discípulos estaban enfocados en la terminación de la tarea que el Maestro les dio. Sentían pasión por la proclamación del mensaje de su amor por el mundo. Se consumieron compartiendo el evangelio en todo lugar posible. No permitirían que las diferencias de sus rasgos de personalidad, la manera de ver diversos temas o sus preferencias personales se interpusieran en el camino para llevar a cabo la misión

A pesar de las diferencias de personalidad, por medio de Cristo estos primeros cristianos tenían un amor mutuo que era evidente para los que los observaban.

de Cristo. Esto nos lleva a algunas preguntas crucialmente importantes para nuestra vida actual. ¿Por qué no considerar con oración las siguientes cinco preguntas? Úselas como motivo de oración. Si está estudiando este manual en un grupo pequeño, quizá desee analizar las preguntas antes de orar por ellas.

1. ¿Hay ocasiones en que mis opiniones personales crean conflictos en mi hogar o en la iglesia? ¿Qué podría hacer yo para reducir esos conflictos?

El día de Pentecostés les trajo la iluminación celestial. Las verdades que no podían entender mientras Cristo estaba con ellos quedaron aclaradas ahora.

2. Si tengo sentimientos de hostilidad hacia otro miembro de la iglesia, ¿qué pasos prácticos puedo dar para reducir el conflicto?
3. Si me han agraviado innecesariamente y estoy luchando por relacionarme con el que me causó daño, ¿cómo puedo tomar la iniciativa para salvar distancias en la relación?
4. Si soy dirigente en una iglesia local, ¿qué puedo hacer para fomentar la unidad?
5. ¿De qué manera la participación personal en la misión promueve la unidad de la iglesia?

¿Estoy involucrado de algún modo en la ganancia de almas? Si no, ¿por qué no habré de pedirle a Jesús que me oriente en lo que él quiere que haga?

SECCIÓN 2

Reflexionemos en el consejo divino

Lea atentamente la porción que sigue de *Los hechos de los apóstoles*, páginas 36-41.

Desde la caída de Adán, Cristo había estado confiando a sus siervos escogidos la semilla de su palabra, para que fuese sembrada en los corazones humanos. Durante su vida en la tierra había sembrado la semilla de la verdad, y la había regado con su sangre. Las conversiones que se produjeron en el día de Pentecostés fueron el resultado de esa siembra, la cosecha de la obra de Cristo, que revelaba el poder de su enseñanza.

Los argumentos de los apóstoles por sí solos, aunque claros y convincentes, no habrían eliminado el prejuicio que había resistido tanta evidencia. Pero el Espíritu Santo hizo penetrar los argumentos en los corazones con poder divino. Las palabras de los apóstoles eran como saetas agudas del Todopoderoso que convencían a los hombres de su terrible culpa por haber rechazado y

La iglesia veía afluir a ella conversos de todas direcciones.

crucificado al Señor de gloria.

Bajo la instrucción de Cristo, los discípulos habían sido inducidos a sentir su necesidad del Espíritu. Bajo la enseñanza del Espíritu, recibieron la preparación final y salieron a emprender la obra de su vida. Ya no eran ignorantes y sin cultura. Ya no eran una colección de unidades independientes, ni elementos discordantes y antagónicos. Ya no estaban sus esperanzas cifradas en la grandeza mundanal. Eran “unánimes... de un corazón y un alma” (Hech. 2:46; 4:32). Cristo llenaba sus pensamientos; su objeto era el adelantamiento de su reino. En mente y carácter habían llegado a ser como su Maestro, y los hombres “conocían que habían estado con Jesús” (Hech. 4:13).

El día de Pentecostés les trajo la iluminación celestial. Las verdades que no podían entender mientras Cristo estaba con ellos quedaron aclaradas ahora. Con una fe y una seguridad que nunca habían conocido antes, aceptaron las enseñanzas de la Palabra Sagrada. Ya no era más para ellos un asunto de fe el hecho de que Cristo era el Hijo de Dios. Sabían que, aunque vestido de la humanidad, era en verdad el Mesías, y contaban su experiencia al mundo con una confianza que llevaba consigo la convicción de que Dios estaba con ellos.

Podían pronunciar el nombre de Jesús con seguridad; porque ¿no era él su Amigo y Hermano mayor? Puestos en comunión con Cristo, se sentaron con él en los lugares celestiales. ¿Con qué ar-

diente lenguaje revestían sus ideas al testificar por él! Sus corazones estaban sobrecargados con una benevolencia tan plena, tan profunda, de tanto alcance, que los impelía a ir hasta los confines de la tierra para testificar del poder de Cristo. Estaban llenos de un intenso anhelo de llevar adelante la obra que él había comenzado. Comprendían la grandeza de su deuda para con el cielo y la responsabilidad de su obra. Fortalecidos por la dotación del Espíritu

La promesa del Espíritu Santo no se limita a ninguna edad ni raza.

Santo, salieron llenos de celo a extender los triunfos de la cruz. El Espíritu los animaba y hablaba por ellos. La paz de Cristo brillaba en sus rostros. Habían consagrado sus vidas a su servicio, y sus mismas facciones llevaban la evidencia de la entrega que habían hecho.

Cuando Cristo dio a sus discípulos la promesa del Espíritu, se estaba acercando al fin de su ministerio terrenal. Estaba a la sombra de la cruz, con una comprensión plena de la carga de culpa que estaba por descansar sobre él como portador del pecado. Antes de ofrecerse a sí mismo como víctima destinada al sacrificio, instruyó a sus discípulos en cuanto a la dádiva más esencial y completa que iba a conceder a sus seguidores: el don que iba a

poner al alcance de ellos los recursos inagotables de su gracia. “Y yo rogaré al Padre —dijo él—, y les dará otro Consolador, para que esté con ustedes para siempre: al Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero ustedes le conocen; porque está con ustedes, y será en ustedes” (Juan 14:16, 17). El Salvador estaba señalando hacia adelante, al tiempo cuando el Espíritu Santo vendría para realizar una obra poderosa como su representante. El mal que se había estado acumulando durante siglos, habría de ser resistido por el divino poder del Espíritu Santo.

¿Cuál fue el resultado del derramamiento del Espíritu en el día de Pentecostés? Las alegres nuevas de un Salvador resucitado fueron llevadas a las más alejadas partes del mundo habitado. Mientras los discípulos proclamaban el mensaje de la gracia redentora, los corazones se entregaban al poder de su mensaje. La iglesia veía afluir a ella conversos de todas direcciones. Los apóstatas se reconvertían. Los pecadores se unían con los creyentes en busca de la perla de gran precio. Algunos de los que habían sido los más enconados oponentes del evangelio, llegaron a ser sus campeones. Se cumplió la profecía: “El que entre ellos fuere flaco... será como David; y la casa de David... como el ángel de Jehová” (Zac. 12:8). Cada cristiano veía en su hermano una revelación del amor y la benevolencia divinos. Un solo interés prevalecía, un solo objeto de emulación hacía olvidar todos

Aquellos que en Pentecostés fueron dotados con el poder de lo alto, no quedaron desde entonces libres de tentación y prueba.

los demás. La ambición de los creyentes era revelar la semejanza del carácter de Cristo, y trabajar para el engrandecimiento de su reino.

“Y los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con gran esfuerzo; y gran gracia era en todos ellos” (Hech. 4:33). Gracias a estas labores fueron añadidos a la iglesia hombres escogidos que, al recibir la palabra de verdad, consagraron sus vidas al trabajo de dar a otros la esperanza que llenaba sus corazones de paz y gozo. No podían ser refrenados ni intimidados por amenazas. El Señor hablaba por su medio, y mientras iban de un lugar a otro, predicaban el evangelio a los pobres, y se efectuaban milagros de la gracia divina.

Tal es el poder con que Dios puede obrar cuando los hombres se entregan al dominio de su Espíritu.

La promesa del Espíritu Santo no se limita a ninguna edad ni raza. Cristo declaró que la influencia divina de su Espíritu estaría con sus seguidores hasta el fin. Desde el día de Pentecostés hasta ahora, el Consolador ha sido enviado a todos los que se han entregado plenamente al Señor y a su servicio. A todo el que ha aceptado

a Cristo como Salvador personal, el Espíritu Santo ha venido como consejero, santificador, guía y testigo. Cuanto más cerca de Dios han andado los creyentes, más clara y poderosamente han testificado del amor de su Redentor y de su gracia salvadora. Los hombres y las mujeres que a través de largos siglos de persecución y prueba gozaron de una gran medida de la presencia del Espíritu en sus vidas, se destacaron como señales y prodigios en el mundo. Revelaron ante los ángeles y los hombres el poder transformador del amor redentor.

Aquellos que en Pentecostés fueron dotados con el poder de lo alto, no quedaron desde entonces libres de tentación y prueba. Como testigos de la verdad y la justicia, eran repetidas veces asaltados por el enemigo de toda verdad, que trataba de despojarlos de su experiencia cristiana. Estaban obligados a luchar con todas las facultades dadas por Dios para alcanzar la medida de la estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús. Oraban diariamente en procura de nuevas provisiones de gracia para poder elevarse más y más hacia la perfección. Bajo la obra del Espíritu Santo, aun los más débiles, ejerciendo fe en Dios, aprendían a desarrollar las facultades que les habían sido confiadas y llegaron a ser santificados, refinados y ennoblecidos. Mientras se sometían con humildad a la influencia modeladora del Espíritu Santo, recibían de la plenitud de la Deidad y eran amoldados a la semejanza divina. 🔥

DÍA 6

UN EXAMEN DE CONCIENCIA



Pentecostés era el momento oportuno y los discípulos estaban preparados. Jesús había ascendido a su Padre. Su sacrificio fue aceptado en el trono de Dios. Entonces recibió la promesa divina del Espíritu Santo de parte de su Padre para que sus discípulos terrenales llevaran a cabo la misión dada por Dios. Ellos tuvieron en cuenta el consejo del Señor. Lo buscaron en oración. Experimentaron un arrepentimiento sincero

y confesaron los pecados específicos que el Espíritu Santo trajo a su mente. Durante esos diez días en el aposento alto, experimentaron la unidad cristiana. Lucas registra que “la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común” (Hech. 4:32). Los celos banales fueron dejados de lado. Las luchas y el distanciamiento desaparecieron. Los

conflictos personales se resolvieron. Las barreras se rompieron.

Aunque la Biblia no nos da una versión detallada de lo que realmente ocurrió en el aposento alto, nos brinda suficiente información como para formar un bosquejo de lo que realmente sucedió. El don de profecía moderno nos ayuda a completar los detalles de este bosquejo e ilumina el registro bíblico. Uno de los detalles vitalmente importantes que señala Elena de Whi-

te es que “estos días de preparación fueron días de profundo escudriñamiento del corazón. Los discípulos sentían su necesidad espiritual, y clamaban al Señor por la santa unción que los había de hacer idóneos para la obra de salvar almas” (*Los hechos de los apóstoles*, p. 30). Los diez días en el aposento alto fueron días de profundo escudriñamiento del corazón. Fueron días de reflexión y examen de conciencia. “Después de la ascensión de Cristo, los discípulos se reunieron en un lugar para suplicar humildemente a Dios. Y después de escudriñar el corazón y de realizar un examen personal durante diez días, quedó preparado el camino para que el Espíritu Santo entrara en los templos del alma limpios y consagrados” (*El evangelismo*, p. 506). Los discípulos querían estar seguros de que no hubiese ninguna actitud ni hábito en su vida que impidiera el derramamiento del Espíritu Santo. Dedicaron tiempo a examinar su corazón. Querían asegurarse de que sus motivos fuesen puros.

ESCU德里ÑEMOS NUESTRO CORAZÓN

En toda la Biblia, Dios nos amonesta a dedicar tiempo a examinar nuestro corazón. El apóstol Pablo escribe: “Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados” (Heb. 12:15). Las raíces producen brotes y los brotes producen frutos. Si existe una raíz de amargura en

su corazón, producirá el brote de la ira, la crítica o el chisme, y dará como resultado el fruto trágico de una relación deshecha. Todas las raíces pecaminosas finalmente producirán sus horribles frutos.

Hace muchos años mi esposa y yo visitamos el Fuerte Ticonderoga en Nueva Hampshire. Este fortín de la Guerra Revolucionaria fue un estratégico cuartel de avanzada militar de 1775 a 1779. Sabiendo que algunos turistas regularmente encontraban puntas de flechas cerca de los muros del fortín, le pregunté a nuestro guía dónde buscar. Se sonrió y me respondió tranquilamente: “Justo en la puerta principal”. Quedé algo sobresaltado. ¿Cómo era posible que hubiese puntas de flecha allí cuando miles de personas entraban por la puerta principal cada año? ¿Por qué no las descubrieron antes? El guía nos explicó que el mejor momento para encontrar puntas de flecha era cuando el deshielo de primavera las sacaba a la superficie después del largo invierno de Nueva Inglaterra. Mu-

Si existe una raíz de amargura en su corazón, producirá el brote de la ira, la crítica o el chisme, y dará como resultado el fruto trágico de una relación deshecha.

chas veces pensé en la explicación del guía. Las puntas de flecha estaban a pocos centímetros debajo de la superficie pero se necesitaba la tibieza del deshielo primaveral para que salieran. ¿Será que hay puntas de flecha de pecado escondidas justo debajo de la superficie de su corazón que solo las lluvias suaves del Espíritu Santo pueden sacar a la superficie? David oró: “Escudriñame, oh Jehová, y pruébame; examina mis íntimos pensamientos y mi corazón. Porque tu misericordia está delante de mis ojos, y ando en tu verdad” (Sal. 26:2, 3).

Cuando vemos el bondadoso amor de Dios y observamos la justicia de su carácter, reconocemos nuestra debilidad, nuestros defectos y pecados. Ante la luz resplandeciente del amor y la perfección incondicionales, nuestro corazón es humillado. Somos conducidos a una confesión y arrepentimiento profundos. Clamamos a él por la salvación y la justicia que solo él puede brindar. Cuando nos sentimos abrumados por su santidad, con el profeta Isaías clamamos: “¡Ay de mí! que soy muerto” (Isa. 6:5). El examen de conciencia tal vez no sea la experiencia más agradable, pero es absolutamente necesario. En el autoexamen le preguntamos a Dios: “¿Hay algo en mi vida que no está en armonía con tu voluntad? Te pido, Señor, que me reveles aquellas actitudes de lo profundo de mi alma que no se asemejan a Jesús”.

UN EJEMPLO PRÁCTICO DE AUTOEXAMEN

Elena de White nos da un ejemplo práctico de la necesidad del examen de conciencia. En *Palabras de vida del gran Maestro*, página 153, declara: “Así también en la familia, si uno de los miembros se pierde para Dios, deben usarse todos los medios para rescatarlo. Practiquen todos los demás un diligente y cuidadoso examen propio. Investíguese el proceder dia-

rio. Véase si no hay alguna falta o error en la dirección del hogar, por el cual esa alma se empecina en su impenitencia”. El autoexamen puede ser doloroso a veces. El Espíritu Santo quizá revele cosas acerca de nosotros que no conocíamos antes. Los rasgos de los que no éramos conscientes pueden salir a la superficie. El Señor no revela estas características no cristianas para desanimarnos. Las revela para que podamos confesarlas y entre-

Antes de que Dios nos reconstituya, debe quebrarnos.

gárselas para recibir su perdón y su purificación. Quiere sanar las relaciones arruinadas de nuestro pasado. Anhela transformar nuestra vida y darnos un futuro lleno de esperanza. Ansía reemplazar nuestra ansiedad por los errores del pasado con la confianza en su dirección en el presente. Si cometimos errores al criar a nuestros hijos, confesémoselos a Dios y pidámosle que nos capacite para hacer los cambios necesarios. Si es necesario, compartamos con nuestros adolescentes los errores que cometimos y pidámosle perdón.

El propósito del autoexamen es descubrir aquellas áreas de nuestra vida que han permanecido ocultas a nuestra vista. Cada uno tiene puntos ciegos en su carácter. A veces, el Espíritu Santo nos lleva a hacer un inventario espiritual para determinar exactamente dónde están esos puntos ciegos. El salmista oró: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno” (Sal. 139:23, 24). El objetivo de Dios en este proceso es acercarnos a él. No quiere que nos revolquemos en la culpa ni que estemos llenos de remordimiento por nuestra vida pasada. Su objetivo es guiarnos “en el camino eterno”. Aunque es saludable dar



una mirada franca a nuestra vida espiritual, es perjudicial explayarnos en las faltas de nuestra vida pasada. Explayarnos en las faltas y enfocarnos demasiado tiempo en nuestros errores solo nos desanima.

Nuestro Señor es mayor que nuestros errores y más grande que nuestros fracasos. Sin duda, necesitamos conocer honestamente nuestra condición, pero es mucho más importante conocer su gracia. Comprender nuestra debilidad nos prepara para recibir su fortaleza. Comprender nuestra pecaminosidad nos prepara para recibir su justicia. Comprender nuestra ignorancia nos prepara para recibir su sabiduría. El Espíritu Santo quizá nos lleve a lamentarnos de nuestra naturaleza caída, pero no nos deja allí. El propósito de la convicción del Espíritu Santo es llevarnos a Jesús. Al reconocer nuestros pecados y errores mediante un proceso de autoexamen, podemos agradecerle a Dios que el Espíritu Santo nos está conduciendo más cerca de Jesús. El poder convincente del Espíritu Santo nos está preparando para recibir la plenitud del Espíritu con el poder de la lluvia tardía. Antes de que Dios nos reconstituya, debe quebrarnos. Antes de que nos llene, debe vaciarnos. Antes de que él sea entronizado en nuestro corazón, el yo debe ser destronado. Qué Salvador maravilloso es Jesús nuestro Señor. Su deseo supremo es que reflejemos su carácter amante ante un mundo expectante y un universo atento. Quiere prepararnos ahora para el mayor derramamien-

to del Espíritu Santo en la historia. Medite con oración en las siguientes preguntas.

1. ¿Hay algo que se esconde en lo profundo de mi alma que me impediría recibir la plenitud del Espíritu Santo?
2. ¿Estoy dispuesto a permitir que Dios quite de mi vida cualquier cosa que no esté en armonía con su voluntad?
3. ¿Hay algo en mi vida que no he estado dispuesto a entregar?

SECCIÓN 2

Reflexionemos en el consejo divino

Lea con oración la siguiente porción de *Los hechos de los apóstoles*, páginas 41-43.

El transcurso del tiempo no ha cambiado en nada la promesa de despedida de Cristo de enviar el Espíritu Santo como su representante. No es por causa de alguna restricción de parte de Dios por lo que las riquezas de su gracia no fluyen a los hombres sobre la tierra. Si la promesa no se cumple como debiera, se debe a que no es apreciada debidamente. Si todos lo quisieran, todos serían llenados del Espíritu.

El Señor está más dispuesto a dar el Espíritu Santo a los que le sirven, que los padres a dar buenas dádivas a sus hijos.

Dondequiera la necesidad del Espíritu Santo sea un asunto en el que se piense poco, se ve sequía espiritual, oscuridad espiritual, decadencia y muerte espirituales. Cuandoquiera que los asuntos menores ocupen la atención, el poder divino que se necesita para el crecimiento y la prosperidad de la iglesia, y que traería todas las demás bendiciones en su estela, falta, aunque se ofrece en infinita plenitud.

Puesto que éste es el medio por el cual hemos de recibir poder, ¿por qué no tener más hambre y sed del don del Espíritu? ¿Por qué no hablamos de él, oramos

El Espíritu Santo mora con el obrero consagrado de Dios dondequiera que esté.

por él y predicamos respecto a él? El Señor está más dispuesto a dar el Espíritu Santo a los que le sirven, que los padres a dar buenas dádivas a sus hijos. Cada obrero debiera elevar su petición a Dios por el bautismo diario del Espíritu. Debieran reunirse grupos de obreros cristianos para solicitar ayuda especial y sabiduría celestial para hacer planes y ejecutarlos sabiamente. Debieran orar especialmente porque Dios bautice a sus embajadores escogidos en los campos misioneros con una rica medida de su Espíritu. La presencia del Espíritu en los obreros de Dios dará a la proclamación de

la verdad un poder que todo el honor y la gloria del mundo no podrían conferirle.

El Espíritu Santo mora con el obrero consagrado de Dios dondequiera que esté. Las palabras habladas a los discípulos son también para nosotros. El Consolador es tanto nuestro como de ellos. El Espíritu provee la fuerza que sostiene en toda emergencia a las almas que luchan y batallan en medio del odio del mundo y de la comprensión de sus propios fracasos y errores. En la tristeza y la aflicción, cuando la perspectiva parece oscura y el futuro perturbador, y nos sentimos desamparados y solos: éstas son las veces cuando, en respuesta a la oración de fe, el Espíritu Santo proporciona consuelo al corazón.

No es una evidencia concluyente de que un hombre sea cristiano el que manifieste éxtasis espiritual en circunstancias extraordinarias. La santidad no es arrobamiento; es una entrega completa de la voluntad a Dios; es vivir de toda palabra que sale de la boca de Dios; es hacer la voluntad de nuestro Padre celestial; es confiar en Dios en las pruebas y en la oscuridad tanto como en la luz; es caminar por fe y

no por vista; es confiar en Dios sin vacilación y descansar en su amor.

No es esencial para nosotros ser capaces de definir con precisión qué es el Espíritu Santo. Cristo nos dice que el Espíritu es el Consolador, “el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre” (Juan 15:26). Se asevera claramente, tocante al Espíritu Santo, que en su obra de guiar a los hombres a toda verdad “no hablará de sí mismo” (Juan 16:13).

La naturaleza del Espíritu Santo es un misterio. Los hombres no pueden explicarla, porque el Señor no se la ha revelado. Los hombres de conceptos fantásticos pueden reunir pasajes de las Escrituras y darles interpretación humana; pero la aceptación de esos conceptos no fortalecerá a la iglesia. En cuanto a estos misterios, demasiado profundos para el entendimiento humano, el silencio es oro.

El oficio del Espíritu Santo se especifica claramente en las palabras de Cristo: “Cuando él viniere redargüirá al mundo de pecado, y de

justicia, y de juicio” (Juan 16:8). Es el Espíritu Santo el que convence de pecado. Si el pecador responde a la influencia vivificadora del Espíritu, será inducido a arrepentirse y a comprender la importancia de obedecer los requerimientos divinos.

Al pecador arrepentido, que tiene hambre y sed de justicia, el Espíritu Santo le revela el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. “Tomará de lo mío, y se los hará saber”, dijo Cristo. “Él les enseñará todas las cosas, y les recordará todas las cosas que les he dicho” (Juan 16:14; 14:26).

El Espíritu Santo se da como agente regenerador, para hacer efectiva la salvación obrada por la muerte de nuestro Redentor. El Espíritu Santo está tratando constantemente de llamar la atención de los hombres a la gran ofrenda hecha en la cruz del Calvario, de exponer al mundo el amor de Dios y de abrir al alma arrepentida las cosas preciosas de las Escrituras. 🔥

La naturaleza del Espíritu Santo es un misterio. Los hombres no pueden explicarla, porque el Señor no se la ha revelado.



DÍA 7

UNA HUMILDAD QUE SE SACRIFICA



Las actitudes de los discípulos antes de Pentecostés fueron dramáticamente diferentes de sus actitudes después de Pentecostés. Diez días en el aposento alto produjeron una diferencia marcada. El evangelio de Lucas menciona que, poco antes de la muerte de Jesús, “hubo también entre ellos una disputa sobre quién de ellos sería el mayor” (Luc. 22:24). Esto sin duda no parece la descripción de un grupo de hombres a los que

se les ordenó ejemplificar el amor de Cristo en las ciudades y pueblos que se les pidió que alcanzaran con el mensaje de la cruz. No parece ser una comunidad de creyentes a la que se le pueda confiar el poder del Espíritu Santo para “trastornar el mundo entero” con su predicación. Las ambiciones personales dominaban sus pensamientos. Motivados por el lucro personal, estaban mucho más interesados en lo que recibirían por seguir a Cristo que

en darse a sí mismos en un servicio desinteresado. Tenían la seguridad de que estaban listos para gobernar con Cristo en su próximo reino y anhelaban la preeminencia.

La seguridad de Pedro desbordaba cuando se atrevió a decir que estaba dispuesto a ir “no solo a la cárcel, sino también a la muerte” (Luc. 22:33). De hecho, según el Evangelio de Mateo, todos los discípulos expresaron esta misma actitud arrogante y segura de sí.

Pedro le aseguró a Jesús: “Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré. Y todos los discípulos dijeron lo mismo” (Mat. 26:35). En la lucha por el primer lugar, estos discípulos no comprendieron la esencia del evangelio. Parecía que hicieron oídos sordos a las palabras de Jesús: “El que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mat. 20:27, 28).

PENTECOSTÉS MARCA LA DIFERENCIA

Pentecostés cambió totalmente las cosas. Durante los diez días en el aposento alto, los discípulos examinaron cuidadosamente su corazón. Comprendieron su debilidad y rogaron por fuerzas. Se dieron cuenta de sus fragilidades y buscaron el poder perdurable de Jesús. Reconocieron su egoísmo y rogaron por el espíritu humilde y desinteresado de Jesús. Al describir la experiencia de ellos, Elena de White declara:

“Mientras los discípulos esperaban el cumplimiento de la promesa, humillaron sus corazones

El Espíritu Santo no solo nos convence de pecado, sino que sana nuestro corazón quebrantado.

con verdadero arrepentimiento, y confesaron su incredulidad. Al recordar las palabras que Cristo les había hablado antes de su muerte, entendieron más plenamente su significado. Fueron traídas de nuevo a su memoria verdades que habían olvidado, y las repetían unos a otros. Se reprocharon a sí mismos el haber comprendido tan mal al Salvador. Como en procesión, pasó delante de ellos una escena tras otra de su maravillosa vida. Cuando meditaban en su vida pura y santa, sentían que no habría trabajado demasiado duro, ni sacrificio demasiado grande, si tan solo pudiesen ellos atestiguar con su vida la belleza del carácter de Cristo. ¡Oh, si tan solo pudieran vivir de nuevo los tres años pasados, pensaban ellos, de cuán diferente modo procederían!” (*Los hechos de los apóstoles*, pp. 29, 30).

Cuando los discípulos oraron juntos, humillando su corazón delante de Dios, el Espíritu Santo colocó en su mente las lecciones de humildad, confianza, sumisión y servicio que Cristo tanto había anhelado que entendieran. Los discípulos se sintieron reprendidos por el poder convincente del Espíritu Santo. Deseaban poder vivir de vuelta los últimos tres años y medio. ¿Alguna vez usted se sintió así? ¿Alguna vez deseó poder volver atrás y corregir los errores de su pasado? El Espíritu Santo no solo nos convence de pecado, sino que sana nuestro corazón quebrantado. Nos da esperanza. Nos garantiza

que Dios tiene un plan mejor para nuestra vida. Nos inspira con promesas de un futuro mejor.

Tomemos a Pedro por ejemplo. Después de Pentecostés, era una persona totalmente cambiada. Lleno del Espíritu Santo, predicó un poderoso sermón el día de Pentecostés y tres mil personas se bautizaron en un día. Cuando las autoridades judías intentaron

Los corazones humildes son corazones que Dios puede llenar con su Espíritu Santo. Son corazones dispuestos a recibir la bendición más abundante de Dios.



acallar su testimonio, exclamó sin temor: “Porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído” (Hech. 4:20). El jactancioso Pedro se había vuelto confiado, no en sí mismo, sino en la fortaleza del Señor. El arrogante Pedro había aprendido la lección del servicio humilde y abnegado. Escuchemos su testimonio: “Estad... todos sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de

La humildad es una actitud de servicio amante que no exagera nuestra importancia. Está constantemente preocupada por las necesidades de los demás.

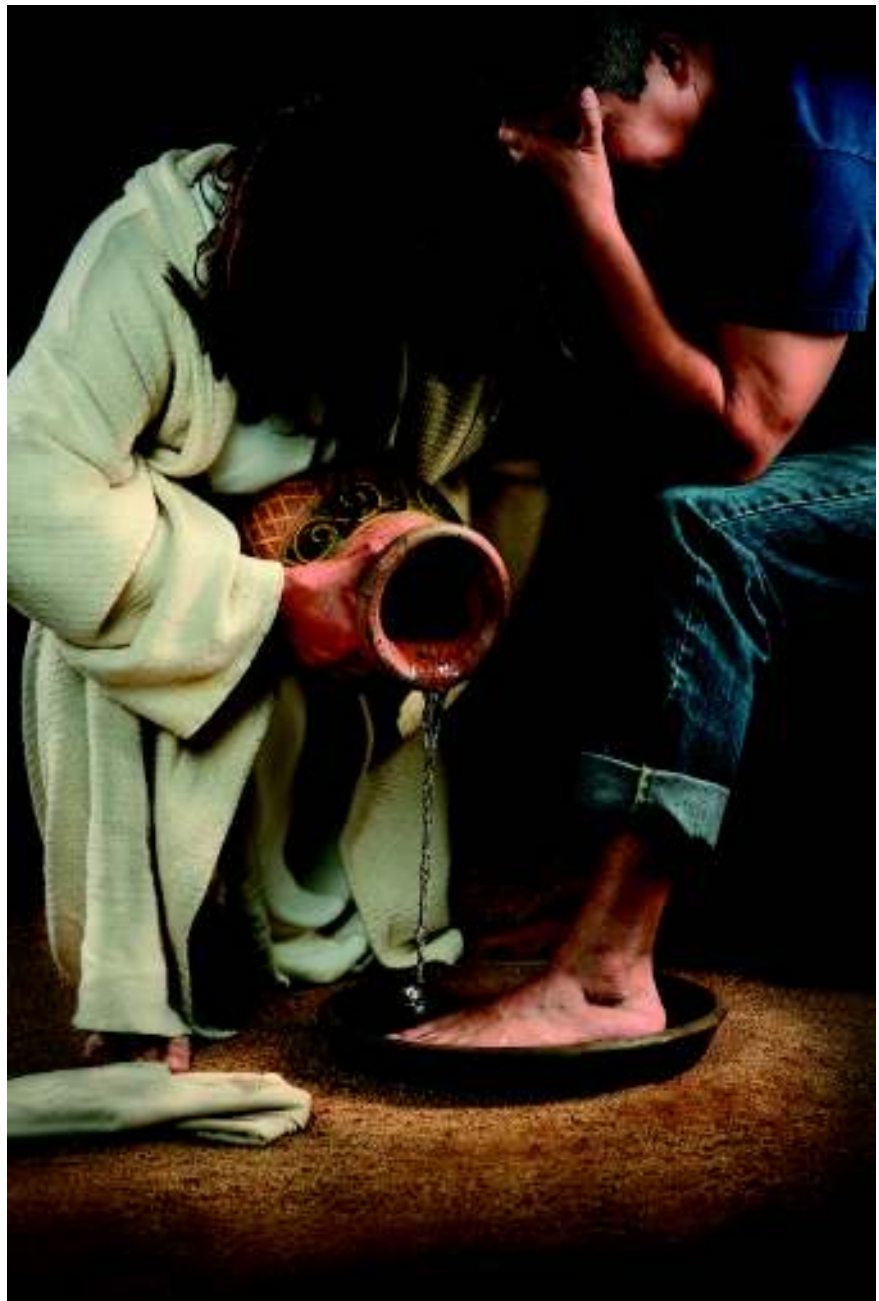
Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo” (1 Ped. 5:5, 6). Los corazones humildes son corazones que Dios puede llenar con su Espíritu Santo. Son corazones dispuestos a recibir la bendición más abundante de Dios.

JESÚS ES NUESTRO EJEMPLO

Consideremos a Jesús. El Salvador dejó las glorias del cielo para venir a este mundo pecaminoso. Dejó la compañía del Padre, la

adoración de los ángeles y el culto de los seres celestiales. El apóstol Pablo describe la experiencia de Jesús con estas palabras: “Y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le

La obediencia humilde siempre precede a la grandeza. Dios exalta a los que se inclinan con humildad.



dio un nombre que es sobre todo nombre” (Fil. 2:8, 9). Jesús no solo llegó a ser hombre, llegó a ser siervo. No solo llegó a ser siervo, sino que llegó a ser un siervo obediente. No solo llegó a ser un siervo obediente, sino que fue obediente hasta la muerte. No solo murió, sino que experimentó la muerte más horrible de todas, la muerte de cruz. La muerte de Cristo en la cruz lo hizo idóneo para llegar a ser nuestro Sumo Sacerdote en las alturas celestiales, sentado a la diestra de Dios. La obediencia humilde siempre precede a la grandeza. Dios exalta a los que se inclinan con humildad.

DEFINAMOS LA HUMILDAD

La humildad es una actitud de servicio amante que no exagera nuestra importancia. Está constantemente preocupada por las necesidades de los demás. En el corazón humilde, el yo no es el centro del universo. La humildad nos lleva a centrarnos en los demás. El enfoque está en dar, no en obtener. Solo desea el bien para los demás y no los utiliza para lograr sus propios fines. La humildad es una de las características que Dios más valora. Lea los tres pasajes siguientes con oración y responda las preguntas.

Dele permiso a Dios para que quite todo el egoísmo y la codicia del corazón.

- “Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros” (Fil. 2:3, 4).
 - “Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de humildad, de mansedumbre” (Col. 3:12).
 - “Pero él da mayor gracia. Por esto dice: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes” (Sant. 4:6).
1. ¿Qué significa “estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo”?
 2. ¿Cómo podemos vestirnos “de humildad”? ¿Qué es en realidad la humildad?
 3. ¿Por qué Dios “resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes”?
 4. ¿Por qué la humildad es tan importante para recibir la lluvia tardía?

Durante los próximos días, pídale a Dios que le dé un Espíritu humilde. Implérole que quite todo el orgullo de su corazón. Procure tener una mente llena del deseo de servir a los demás. Dele permiso a Dios para que quite todo el egoísmo y la codicia del corazón. El Espíritu Santo puede revelar el orgullo, la ambición personal, un espíritu competitivo o el deseo de preeminencia. Si él lo hace, ábrale su corazón al poder purificador

de Jesús y recuerde que Dios nos humilla antes de llenarnos. Con frecuencia, nos humilla antes de exaltarnos.

SECCIÓN 2

Reflexionemos en el consejo divino

Lea atentamente la porción que sigue de *Los hechos de los apóstoles*, páginas 43-46.

Y hoy, Dios sigue usando su iglesia para dar a conocer su propósito en la tierra.



Desde el principio Dios ha estado obrando por su Espíritu Santo mediante instrumentos humanos para el cumplimiento de su propósito en favor de la raza caída. Esto se manifestó en la vida de los patriarcas. A la iglesia del desierto también, en los días de Moisés, Dios le dio su “espíritu... para enseñarles” (Neh. 9:20). Y en los días de los apóstoles obró poderosamente en favor de su iglesia por medio del Espíritu Santo. El mismo poder que sostuvo a los patriarcas, que dio fe y ánimo a Caleb y Josué, y que hizo eficaz la obra de la iglesia apostólica, sostuvo a los fieles hijos de Dios en cada siglo sucesivo. Fue el po-

der del Espíritu Santo lo que durante la época del oscurantismo permitió a los cristianos valdenses contribuir a la preparación del terreno para la Reforma. Fue el mismo poder lo que hizo eficaces los esfuerzos de muchos nobles hombres y mujeres que abrieron el camino para el establecimiento de las misiones modernas, y para la traducción de la Biblia a los idiomas y dialectos de todas las naciones y pueblos.

Y hoy, Dios sigue usando su iglesia para dar a conocer su propósito en la tierra. Hoy los heraldos de la cruz van de ciudad en ciudad y de país en país para preparar el camino para la segunda venida de

Cristo. Se exalta la norma de la ley de Dios. El Espíritu del Todopoderoso conmueve el corazón de los hombres, y los que responden a su influencia llegan a ser testigos de Dios y de su verdad. Pueden verse en muchos lugares hombres y mujeres consagrados comunicando a otros la luz que les aclaró el camino de la salvación por Cristo. Y mientras continúan haciendo brillar su luz, como los que fueron bautizados con el Espíritu en el día de Pentecostés, reciben más y aun más del poder del Espíritu. Así la tierra ha de ser iluminada con la gloria de Dios.

Por otra parte, hay algunos que, en lugar de aprovechar sabiamente las oportunidades presentes, están esperando ociosamente que alguna ocasión especial de refrigerio espiritual aumente grandemente su capacidad de iluminar a otros. Descuidan sus deberes y privilegios actuales y permiten que su luz se empañe a la espera de un tiempo futuro en el cual, sin ningún esfuerzo de su parte, sean hechos los recipientes de bendiciones especiales que los transformen y capaciten para servir.

Es cierto que en el tiempo del fin, cuando la obra de Dios en la tierra esté por terminar, los fervientes esfuerzos realizados por los consagrados creyentes bajo la dirección del Espíritu Santo irán acompañados por manifestaciones especiales del favor divino. Bajo la figura de la lluvia temprana y tardía que cae en los países orientales al tiempo de la siembra y la cosecha, los profetas hebreos predijeron el



El Espíritu del Todopoderoso conmueve el corazón de los hombres, y los que responden a su influencia llegan a ser testigos de Dios y de su verdad.

derramamiento de la gracia espiritual en una medida extraordinaria sobre la iglesia de Dios. El derramamiento del Espíritu en los días de los apóstoles fue el comienzo de la lluvia temprana, y gloriosos fueron los resultados. Hasta el fin del tiempo, la presencia del Espíritu ha de morar con la iglesia fiel.

Pero cerca del fin de la siega de la tierra se promete una concesión especial de gracia espiritual, para preparar a la iglesia para la venida del Hijo del hombre. Este derramamiento del Espíritu se compara con la caída de la lluvia tardía; y en procura de este poder adicional, los cristianos han de elevar sus peticiones al Señor de la mies “en la sazón tardía”. En respuesta, “Jehová hará relámpagos, y les dará lluvia abundante” (Zac. 10:1). “Hará descender sobre ustedes lluvia temprana y tardía” (Joel 2:23).

Pero a menos que los miembros de la iglesia de Dios hoy tengan una relación viva con la fuente de todo crecimiento espiritual, no estarán listos para el tiempo de la siega. A menos que mantengan sus lámparas aparejadas y ardiendo, no recibirán la gracia adicional en tiempo de necesidad especial.

Únicamente los que estén recibiendo constantemente nueva provisión de gracia, tendrán una fuerza proporcional a su necesidad diaria y a su capacidad de emplear-

la. En vez de esperar algún tiempo futuro en que, mediante el otorgamiento de un poder espiritual especial, sean milagrosamente hechos idóneos para ganar almas, se entregan diariamente a Dios, para que los haga vasos dignos de ser empleados por él. Diariamente están aprovechando las oportunidades de servir que están a su alcance. Diariamente están testificando por el Maestro dondequiera que estén, ya sea en alguna humilde esfera de trabajo o en el hogar, o en un ramo público de utilidad.

Para el obrero consagrado es una maravillosa fuente de consuelo el saber que aun Cristo durante su vida terrenal buscaba a su Padre diariamente en procura de nuevas provisiones de gracia necesaria; y de esta comunión con Dios salía para fortalecer y bendecir a otros. ¡Contemplan al Hijo de Dios postrado en oración ante su Padre! Aunque es el Hijo de Dios, fortalece su fe por la oración, y por la comunión con el cielo acumula en sí poder para resistir el mal y para ministrar las necesidades de los hombres. Como Hermano Mayor de nuestra especie, conoce las necesidades de quienes, rodeados de flaquezas y viviendo en un mundo de pecado y de tentación, desean todavía servir a Dios. Sabe que los mensajeros a quienes considera dignos de enviar son hombres

débiles y expuestos a errar; pero a todos los que se entregan enteramente a su servicio les promete ayuda divina. Su propio ejemplo es una garantía de que la súplica ferviente y perseverante a Dios con fe –la fe que induce a depender enteramente de Dios y a consagrarse sin reservas a su obra– podrá proporcionar a los hombres la ayuda del Espíritu Santo en la batalla contra el pecado.

Todo obrero que sigue el ejemplo de Cristo será preparado para recibir y usar el poder que Dios ha prometido a su iglesia para la maduración de la mies de la tierra. Mañana tras mañana, cuando los heraldos del evangelio se arrodillan delante del Señor y renuevan sus votos de consagración,

A menos que los miembros de la iglesia de Dios hoy tengan una relación viva con la fuente de todo crecimiento espiritual, no estarán listos para el tiempo de la siega.

él les concede la presencia de su Espíritu con su poder vivificante y santificador. Y al salir para dedicarse a los deberes diarios, tienen la seguridad de que el agente invisible del Espíritu Santo los capacita para ser colaboradores juntamente con Dios. 🔥

DÍA 8

UNA ENTREGA OBEDIENTE



Frente al mayor desafío de su vida, Jesús se escapa en silencio al Getsemaní. Había visitado este olivar apartado con vista a Jerusalén en muchas ocasiones previas. Aquí podía estar solo. Podía derramar su alma ante su Padre celestial. Retirado de los empujones y el aglomeramiento de las multitudes, podía experimentar una sincera comunión con Dios. En esta noche repleta de consecuencias eternas, se llevó con él a

Pedro, Santiago y Juan. Anhelaba su compañerismo y comunión en oración en este momento crucial de la historia de la tierra. Jesús estaba a poca distancia de ellos cuando cayó sobre su rostro y clamó: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mat. 26:39). Al reconocer los horrores que le aguardaban, Jesús le imploró al Padre que quitara la copa de aflicción que estaba a punto de beber. Si le

hubiera sido posible, habría querido evitar la traición de Judas, el enjuiciamiento ante Pilato, el látigo romano, la corona de espinas y la cruz. Jesús no se tomó a la ligera su inminente sufrimiento. En el Getsemaní, comprendió plenamente que el pecado le quitaría la vida en el monte Calvario. Frente a un sufrimiento físico increíble, la angustia mental y el trauma emocional, Jesús tomó la decisión de hacer la voluntad del Padre.

Su oración en el Getsemaní resume el principio guiador de su vida. “Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” era la regla máxima en la vida de Jesús. En cada decisión de la vida estuvo comprometido a ha-

Les apasionaba [a los discípulos] hacer la voluntad de Jesús.

cer la voluntad del Padre. Esta era una lección que sus discípulos tendrían que aprender posteriormente durante los diez días en el aposento alto. En su estupor somnoliento, no comprendieron la importancia del momento.

Los tres pasajes bíblicos siguientes describen esta actitud deliberada de Jesús.

- En términos proféticos, el salmista pone estas palabras en boca del Salvador: “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón” (Sal. 40:8).
- “Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada” (Juan 8:29).
- “Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí” (Heb. 10:7).

EL OBJETIVO RESUELTO DE JESÚS

El objetivo resuelto de Jesús era hacer la voluntad de su Padre.

Toda su vida le dio gloria a Dios. La entrega obediente de Jesús al Padre fue el canal por el que las bendiciones celestiales fluyeron hacia la tierra. El poder del Espíritu Santo es derramado a través de los corazones que se rinden a él.

¿Cree que Pedro, Santiago y Juan escucharon la oración de Jesús en el Getsemaní? ¿Cree que su ferviente súplica tocó su corazón? Deben haberse asombrado por su entrega total al cometido de hacer la voluntad del Padre. Este sometimiento absoluto y total debe haber causado un impacto en sus vidas. Aunque no comprendieron plenamente su lealtad inquebrantable antes de Pentecostés, el ejemplo de su vida los impresionó profundamente. Fue en el aposento alto de Pentecostés donde realmente comenzaron a entender lo que les trató de enseñar. “Como en procesión, pasó delante de ellos una escena tras otra de su maravillosa vida. Cuando meditaban en su vida pura y santa, sentían que no habría trabajo demasiado duro, ni sacrificio demasiado grande, si tan solo pudiesen ellos atestiguar con su vida la belleza del carácter de Cristo” (*Los hechos de los apóstoles*, p. 30). Fue en el aposento alto, cuando los discípulos buscaron juntos a Dios, que se comprometieron totalmente a hacer la voluntad del Padre. “Cristo llenaba sus pensamientos; su objeto era el adelantamiento de su reino. En mente y carácter habían llegado a ser como su Maestro, y los hombres ‘conocían que habían estado con

Jesús’ (Hech. 4:13)” (*Los hechos de los apóstoles*, p. 37).

LA SUMISIÓN FUE CRUCIAL

Pedro era un hombre diferente después de Pentecostés. Ya no temblaba de miedo ante las acusaciones de los dirigentes del templo. Cuando se vio confrontado por estos líderes religiosos y ellos demandaron que dejara de predicar en el nombre de Jesús, el apóstol respondió: “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hech. 5:29). Bajo la influencia del Espíritu Santo, el ejemplo de Jesús marcó la diferencia. Al igual que su Maestro, la ambición resuelta de Pedro era hacer la voluntad de su Padre celestial. Esto ocurría con cada uno de estos discípulos llenos del Espíritu. Estaban dispuestos

La fe que lleva a la sumisión de nuestra voluntad a la de Cristo es lo más importante en la vida de cada cristiano.

a afrontar persecución, prisión y hasta la muerte por amor a Cristo. ¿Por qué?

Les apasionaba hacer la voluntad de Jesús. Habían dejado de lado sus agendas personales. Conocer y obedecer a Cristo era lo más importante en su vida. De igual manera, la fe que lleva a la sumisión de nuestra voluntad a la de Cristo

es lo más importante en la vida de cada cristiano. Elena de White describe tal sumisión de esta manera:

“Debe haber una transformación del ser entero: corazón, espíritu y carácter... Solamente en el altar del sacrificio y de la mano de Dios, puede el hombre egoísta y codicioso recibir la tierra celestial que le revela su propia incompetencia y que lo conduce a someterse al yugo de Cristo, a aprender su mansedumbre y humildad.

Abrieron su corazón a la plenitud de la obra del Espíritu Santo y entregaron su vida totalmente para hacer su voluntad.

Como aprendices, necesitamos encontrarnos con Dios en el lugar convenido. Entonces Cristo nos

La lluvia tardía será derramada en los corazones que se han rendido.

pone bajo la guía del Espíritu que nos conduce a toda verdad, colocando nuestra propia suficiencia en sumisión a Cristo. Toma las cosas de Cristo como si salieran de sus labios y las transmite con gran poder al alma obediente. Así podemos obtener una impronta perfecta del Autor de la verdad” (*En lugares celestiales*, p. 236).

UN COMPROMISO MÁS PROFUNDO

Algo extraordinario ocurrió en el aposento alto. El Espíritu Santo causó una profunda convicción en cada uno de los discípulos que oraban. A la luz del sacrificio eterno de Cristo en la cruz, reconocieron que su compromiso era superficial.

Comprendieron que Dios requería una consagración mucho más profunda. Se dieron cuenta de la superficialidad de su entrega a la causa de Cristo. Abrieron su corazón a la plenitud de la obra del Espíritu Santo y entregaron su vida totalmente para hacer su voluntad. Dios ahora tenía canales abiertos a través de los cuales derramar su Santo Espíritu. Tal entrega absoluta a la voluntad de Dios prepara nuestro corazón para recibir la plenitud del derramamiento del Espíritu Santo. La lluvia tardía será derramada en los corazones que se han rendido de tal manera.

Mientras reflexiona con oración en las siguientes preguntas, pídale a Dios que intensifique su entrega.

1. ¿Me está convenciendo el Espíritu Santo de que debo rendir algo en este momento?
2. ¿Estará Dios invitándome a abandonar algo que atesoro?
3. Lea el Salmo 51 por completo y pregúntele a Dios qué quiere enseñarle mientras lee.

Medite especialmente en los siguientes versículos.

“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu

La maduración del grano representa la terminación de la obra de la gracia de Dios en el alma.



La obra que Dios ha comenzado en el corazón humano al darle su luz y conocimiento, debe progresar continuamente.

recto dentro de mí. No me eches de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu. Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente. Entonces enseñaré a los transgresores tus caminos, y los pecadores se convertirán a ti” (Sal. 51:10-13).

SECCIÓN 2

Reflexionemos en el consejo divino

Lea cuidadosamente la siguiente porción de *Testimonios para los ministros*, páginas 506 y 507.

“Pedid a Jehová lluvia en la estación tardía. Jehová hará relámpagos, y os dará lluvia abundante”. “Y hará descender sobre vosotros lluvia temprana y tardía”. En el Oriente la lluvia temprana cae en el tiempo de la siembra. Es necesaria para que la semilla germine. Gracias a la influencia de estas precipitaciones fertilizantes, aparecen los tiernos brotes. La lluvia tardía, que cae hacia el fin de la temporada, madura el grano y lo prepara para la siega. El Señor

emplea estos fenómenos naturales para ilustrar la obra del Espíritu Santo. Así como el rocío y la lluvia caen al principio para que la semilla germine, y luego para que la cosecha madure, se da el Espíritu Santo para que lleve a cabo a través de sus etapas el proceso del crecimiento espiritual. La maduración del grano representa la terminación de la obra de la gracia de Dios en el alma. Mediante el poder del Espíritu Santo se ha de perfeccionar en el carácter la imagen moral de Dios. Debemos ser totalmente transformados a la semejanza de Cristo.

La lluvia tardía que madura la cosecha de la tierra representa la gracia espiritual que prepara a la iglesia para la venida del Hijo del Hombre. Pero a menos que haya caído la lluvia temprana, no habrá vida; la hoja verde no aparecerá. A menos que las primeras precipitaciones hayan hecho su obra, la lluvia tardía no podrá perfeccionar ninguna semilla.

Ha de haber “primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga”. Debe haber un desarrollo constante de la virtud cristiana, un progreso permanente en la experiencia cristiana. Debiéramos procurar esto ardientemente, para que adornemos la doctrina de Cristo, nuestro Salvador.

Muchos, en gran medida, han dejado de recibir la lluvia temprana. No han obtenido todos los beneficios que Dios ha provisto para ellos por medio de ella. Esperan que la deficiencia sea suplida por la lluvia tardía. Cuando se conceda la

gracia en forma abundante y rica, se proponen abrir sus corazones para recibirla.

Están cometiendo una terrible equivocación. La obra que Dios ha comenzado en el corazón humano al darle su luz y conocimiento, debe progresar continuamente. Todo individuo debe ser consciente de su propia necesidad. El corazón debe estar exento de contaminación, y limpio, para que en él more el Espíritu. Por medio de la confesión y el abandono del pecado, por medio de la oración ferviente y la consagración a Dios, los primeros discípulos se prepararon para el derramamiento del Espíritu Santo en el día de Pentecostés. La misma obra, solo que en mayor medida, debe realizarse ahora. En aquel entonces el instrumento humano solo tenía que pedir la bendición y esperar que el Señor perfeccionara la obra concerniente a él. Es Dios quien comienza la obra, y la terminará, perfeccionando al hombre en Cristo Jesús.

Pero no debe descuidarse la gracia representada por la lluvia temprana. Solo los que estén viviendo a la altura de la luz que tienen, recibirán más luz. A menos que estemos avanzando diariamente en la ejemplificación de las virtudes cristianas activas, no reconoceremos las manifestaciones del Espíritu Santo en la lluvia tardía. Podrá estar derramándose en los corazones de los que están en torno de nosotros, pero no lo percibiremos ni lo recibiremos. 🔥

DÍA 9

UN AGRADECIMIENTO GOZOSO



El Espíritu Santo llenó el corazón de los discípulos con alabanza gozosa. Ya no enfrentaban el futuro con temor; de manera que su confianza remontó vuelo. Su Salvador había perdonado sus pecados. Su culpa había desaparecido. Sus vidas fueron transformadas por el poder del Espíritu. Su mejor amigo estaba a la diestra del trono de Dios para suplir todas sus necesidades. Tenían algo de qué cantar. Sus vidas rebotaban

de agradecimiento al Cristo que los redimió. Lucas registra esta gozosa expresión de agradecimiento y alabanza con estas palabras: “Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos” (Hech. 2:46, 47). Los discípulos estaban llenos de emoción

y asombro. La alegría rebasaba sus corazones llenos de gratitud.

El testimonio del cojo sanado por Pedro mediante el poder de Cristo en la puerta del templo revela esta alabanza que se desborda de un corazón agradecido. A medida que fluía una fuerza nueva a los tobillos y piernas del hombre, la Biblia registra: “Y saltando, se puso en pie y anduvo; y entró con ellos en el templo, andando, y saltando, y alabando a Dios” (Hech.

El testimonio de una vida llena de gozo es casi irresistible.

3:8, 9). Cristo había transformado en forma tan marcada la vida de este hombre, que la única respuesta lógica era la alabanza y el agradecimiento. Su testimonio brotó de un corazón lleno de gratitud. No podía ocultar su aprecio por Aquel que hizo tanto por él.

TRANSFORMADOS EN EL APOSENTO ALTO

Los discípulos experimentaron una transformación en el aposento alto y su corazón también se llenó de gratitud. Al igual que este cojo, experimentaron el poder del Cristo viviente en su vida. Se dieron cuenta de la magnitud de lo que el Salvador había hecho por ellos en la cruz. Comprendieron más cabalmente la importancia de su inmenso sacrificio. Al describir esta experiencia del aposento alto, Elena de White afirma:

“Sobre los discípulos que esperaban y oraban vino el Espíritu con una plenitud que alcanzó a todo corazón. El Ser Infinito se reveló con poder a su iglesia. Era como si durante siglos esta influencia hubiera estado restringida, y ahora el Cielo se regocijara en poder derramar sobre la iglesia las riquezas de la gracia del Espíritu. Y bajo la influencia del Espíritu, las palabras de arrepentimiento y confesión se

mezclaban con cantos de alabanza por el perdón de los pecados. Se oían palabras de agradecimiento y de profecía. Todo el Cielo se inclinó para contemplar y adorar la sabiduría del incomparable e incomprensible amor. Extasiados de asombro, los apóstoles exclamaron: “En esto consiste el amor”. Se asieron del don impartido. ¿Y qué siguió? La espada del Espíritu, recién afilada con el poder y bañada en los rayos del cielo, se abrió paso a través de la incredulidad. Miles se convirtieron en un día” (*Los hechos de los apóstoles*, p. 31).

Los discípulos nunca se cansaban de contar la historia del amor de Jesús. Estaban eternamente agradecidos por su sacrificio. Aun en los períodos más difíciles de su vida, contaban la magnificencia del don de la salvación. Es por esto

Aun en los períodos más difíciles de su vida, contaban la magnificencia del don de la salvación.

que podían cantar en medio del sufrimiento, se regocijaban mientras eran perseguidos, y alababan en prisión. Imagínate la respuesta de los carceleros de Filipos al escuchar a Pablo y Silas “a medianoche, orando... cantaban himnos a Dios”. Atados con cadenas, encarcelados en una prisión oscura,

lúgubre, solos, se regocijaban en la bondad de Dios. Esto, evidentemente, causó una impresión sobre los prisioneros, porque el registro declara: “y los presos los oían” (Hech. 16:25). El carcelero también quedó impresionado por la fe de ellos. Cuando un terremoto destruyó la prisión por completo, el carcelero se imaginó que los prisioneros habían huido. Podía pagar con su vida por ese escape. Quedó conmocionado al descubrir que Pablo y Silas todavía estaban allí con cada uno de los prisioneros. Conmovido por la piedad de estos dos seguidores de Jesús, el carcelero entregó su vida a Cristo. Hay algo poderoso en una vida que desborda de alegría, agradecimiento y alabanza. El gozo es uno de los frutos del Espíritu. El agradecimiento y la alabanza fluyen de un corazón lleno de gozo.

EL GOZO DE JESÚS

El testimonio de una vida llena de gozo es casi irresistible. Los escépticos están más interesados en ver una demostración del evangelio manifestado en una vida llena de gozo que en escuchar una predicación. La pregunta fundamental que todo cristiano profeso debe hacerse es: ¿revelan mis actitudes el gozo de Jesús a los que me rodean? ¿Ven ellos que la alabanza y el agradecimiento se reflejan en mi vida? Los creyentes del Nuevo Testamento irradiaban el gozo de Jesús.

Al escribir a la iglesia de Filipos, el apóstol Pablo declaró: “Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez

digo: ¡Regocijaos!” (Fil. 4:4). A los efesios les escribió: “Hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Efe. 5:19, 20). El apóstol amonestó a los colosenses: “Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias” (Col. 4:2). Estos cristianos recién convertidos cambiaron el mundo no solo por lo que enseñaban sino por su manera de vivir. Sus palabras piadosas

Cuando nos quejamos de las circunstancias de la vida, en realidad culpamos a Dios por ser injusto.

coincidían con sus vidas piadosas.

No estaban agradecidos porque todo les iba bien en la vida. No alababan a Dios porque siempre contaban con prosperidad y buena salud. Alababan en todo tiempo porque aún en el peor momento tenían motivos para alabar. Me viene a la mente Matthew Henry, un predicador inglés del siglo XIX a quien le robaron, y escribió en su diario esa noche: “Me robaron hoy, y estoy agradecido... agradecido porque aunque me quitaron la billetera, no me quitaron la vida. Estoy agradecido porque aunque se llevaron mi dinero, después de todo no se llevaron mucho... Estoy agradecido de haber sido yo el robado y no el que robó”.

¡Qué testimonio! Cuando nos quejamos de las circunstancias de la vida, en realidad culpamos a Dios por ser injusto. La confianza en los momentos difíciles de la vida revela

seguridad en un Dios que controla el universo y que está guiando activamente nuestra vida. Nos suceden muchas cosas que son injustas y absolutamente malas. Pero incluso en estas experiencias que son tan dolorosas e hirientes podemos regocijarnos en un Salvador cuyo amor nunca nos abandonará y que un día arreglará todas las cosas. Dios derramará su Santo Espíritu con el poder de la lluvia tardía sobre los que han descubierto el secreto de confiar aun en los momentos más difíciles de la vida. Si descubrimos cómo alabarlo en la oscuridad, recibiremos los aguaceros matinales de la lluvia tardía. Si podemos cantar en la oscuridad, experimentaremos la frescura de un nuevo día en la plenitud del poder del Espíritu.

Cuando quedamos cautivados por su gracia, asombrados ante su amor y conmovidos con su bondad, no existe experiencia en nuestra vida que pueda destruir el gozo y la paz interior que él da. Podemos experimentar dolor, pero en lo más íntimo hay una reserva de gozo que nos levanta el ánimo. Podemos sufrir pesadumbre, pero ríos de gozo inundarán nuestra alma. Lo que él ha hecho por nosotros, lo que está haciendo por nosotros y lo que hará por nosotros nos mantendrá alegres en medio de las tormentas de la vida.

En el aposento alto, los discípulos abrieron su corazón al gozo abrumador de Jesús. Su corazón se llenó de agradecimiento y alabanza. Reflexione con oración en las siguientes preguntas.



Si oramos con fe por esa bendición, la recibiremos tal como Dios lo ha prometido.

1. ¿Hay algo en su vida que le robe el gozo que Jesús anhela que tenga? ¿Por qué?
2. Dedique algunos minutos a considerar todo lo que tiene en Cristo. ¿Cuáles son los regalos más extraordinarios que él le haya dado?
3. Los que lo rodean, ¿ven el gozo de Jesús reflejado en su vida?
4. El gozo, el agradecimiento y la alabanza, ¿son un sentimiento o una elección?
5. ¿Cómo puede usted decidir ser agradecido aunque no lo sienta así?

SECCIÓN 2

Reflexionemos en el consejo divino

Lea cuidadosamente la siguiente porción de *Testimonios para los ministros*, páginas 509-512.

Las circunstancias pueden parecer favorables para un abundante derramamiento de las lluvias de gracia. Pero Dios mismo debe ordenar que la lluvia caiga. Por lo tanto, no debemos escatimar las súplicas. No debemos confiar en la forma en que comúnmente actúa la providencia. Debemos orar para que Dios abra las fuentes de

las aguas de la vida. Y nosotros mismos debemos recibirlas. Oremos con corazón contrito y con el mayor fervor para que ahora, en el tiempo de la lluvia tardía, los aguaceros de la gracia caigan sobre nosotros. Cada vez que asistamos a una reunión, deben ascender nuestras plegarias para que en ese mis-

mo momento Dios imparta calor y humedad a nuestras almas. Al buscar a Dios para que nos conceda el Espíritu Santo, él producirá en nosotros mansedumbre, humildad de mente y una consciente dependencia de Dios con respecto a la lluvia tardía que trae perfección. Si oramos con fe por esa bendición, la recibiremos tal como Dios lo ha prometido.

El profeta Zacarías representa la forma permanente en que el Espíritu Santo se comunica con la iglesia, por medio de una figura que contiene una admirable lección de ánimo para nosotros. El profeta dice: “Volvió el ángel que hablaba conmigo, y me despertó, como un hombre que es despertado de su sueño. Y me dijo: ¿Qué ves? Y respondí: He mirado, y he aquí un candelabro todo de oro, con un depósito encima, y sus siete lámparas encima del candelabro, y siete tubos para las lámparas que están encima de él; y junto a él

dos olivos, el uno a la derecha del depósito, y el otro a su izquierda. Proseguí y hablé, diciendo a aquel ángel que hablaba conmigo: ¿Qué es esto, señor mío? [...] Entonces respondió y me habló diciendo: Esta es palabra de Jehová a Zorobabel, que dice: No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu,

Por medio de los santos que están en la presencia de Dios, se imparte su Espíritu a los seres humanos consagrados a su servicio.

ha dicho Jehová de los ejércitos... Hable aún de nuevo, y le dije: ¿Qué significan las dos ramas de olivo que por medio de dos tubos de oro vierten de sí aceite como oro? [...] Y él dijo: Estos son los dos unguentos que están delante del Señor de toda la tierra”.

De los dos olivos el aceite áureo fluía a través de los tubos de oro a los depósitos de los candelabros, y de allí a las lámparas de oro que alumbraban el Santuario. De la misma manera, por medio de los santos que están en la presencia de Dios, se imparte su Espíritu a los seres humanos consagrados a su servicio. La misión de los dos unguentos consiste en impartir luz y poder al pueblo de Dios. Están en la presencia de Dios para recibir bendiciones en favor de nosotros. Así como los olivos se vacían en los tubos de oro, los mensajeros celestiales tratan de transmitir todo lo que reciben de Dios. La totalidad del tesoro celestial aguarda que lo

Cada día debemos recibir el aceite santo, a fin de poder impartirlo a los demás. Todos pueden ser portaluces ante el mundo si lo desean.

pidamos y recibamos, y a medida que nos llegue la bendición, debemos impartirla a nuestra vez. Así se alimentan las santas lámparas, y la iglesia llega a ser portacruz para el mundo.

Esta es la obra que el Señor desea que cada alma preparada realice en este tiempo, cuando los cuatro ángeles están reteniendo los cuatro vientos, para que no soplen hasta que los siervos de Dios sean sellados en la frente. No hay tiempo para la complacencia propia. Hay que aparejar las lámparas del alma. Deben recibir el aceite de la gracia. Deben



extremarse las precauciones para impedir la decadencia espiritual, no sea que el gran día de Dios nos sorprenda como ladrón en la noche. Cada testigo de Dios debe trabajar inteligentemente ahora en el tiempo de actividad que el Señor le ha señalado. Cada día debemos obtener una experiencia viva y profunda con respecto al perfeccionamiento del carácter cristiano. Cada día debemos recibir el aceite santo, a fin de poder impartirlo a los demás. Todos pueden ser portaluces ante el mundo si lo desean. Debemos esconder el yo en Jesús, de manera que no se vea. Debemos recibir la palabra del Señor en forma de consejos e instrucciones, y comunicarla con gozo. Se necesita ahora mucha oración. Cristo ordena: “Orad sin cesar”; esto es, mantened la mente dirigida a Dios, fuente de todo poder y eficiencia.

Podemos haber estado siguiendo por mucho tiempo el sendero angosto, pero no es seguro tomar esto como prueba de que proseguiremos en él hasta el fin. Si hemos andado con Dios en comunión

Todos han de mantenerse separados del mundo, que está lleno de iniquidad.

con su Espíritu, se debe a que los hemos buscado diariamente por medio de la fe. El áureo aceite que fluye por los tubos de oro nos llega proveniente de los dos olivos. Pero los que no cultivan el espíritu y el hábito de la oración, no pueden esperar recibir el dorado aceite de la bondad, la paciencia, la longanimidad, la cortesía y el amor.

Todos han de mantenerse separados del mundo, que está lleno de iniquidad. No debemos caminar con Dios solo por un tiempo, para luego apartarnos de su compañía a fin de andar a la luz de las chispas que nosotros mismos producimos. Debemos ser firmes y constantes, perseverantes en los actos de fe. Debemos alabar a Dios para manifestar su gloria mediante un carácter justo. Ninguno de nosotros obtendrá la victoria sin esfuerzo perseverante, incansable, proporcionado al valor del objeto que buscamos, es a saber, la vida eterna.

La dispensación en la cual vivimos debe ser, para los que lo soliciten, la dispensación del Espíritu Santo. Pedid su bendición. Es tiempo de que seamos más ardientes en nuestra devoción. A nosotros se nos ha encomendado la ardua, pero feliz y gloriosa tarea de revelar a Cristo a los que están en tinieblas. Se nos ha llamado a proclamar las verdades especiales para este tiempo. Para todo esto el derramamiento del Espíritu es esencial. Debemos orar por él. El Señor espera que se lo pidamos. No hemos emprendido esta tarea con todo el corazón. 🔥

DÍA 10

UNA TESTIFICACIÓN FERVOROSA



Imagínate la reacción de los discípulos a la Gran Comisión. La tarea parecía abrumadora. El mandato de llevar el evangelio al mundo parecía imposible. ¿Cómo podría un grupo tan pequeño de discípulos causar un impacto notorio en el poderoso Imperio Romano? La sociedad romana del siglo I estaba dominada por la intriga política, el materialismo desenfrenado, el orgullo egocéntrico, la avaricia

desembozada, la inmoralidad descarada y la superstición religiosa. Sumida en miles de años de tradición, Jerusalén tampoco parecía ser un terreno fértil para el futuro del evangelio. Estos primeros seguidores de Cristo deben haberse preguntado si el mandato de Jesús, “id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” tendría la más remota posibilidad (Mar. 16:15).

LA GRAN COMISIÓN Y LA GRAN PROMESA

Afortunadamente, la Gran Comisión va acompañada de la gran promesa. Jesús dijo: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones” (Mat. 28:18, 19). Luego agregó: “Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo

Mientras los discípulos proclamaban el mensaje de la gracia redentora, los corazones se entregaban al poder de su mensaje. La iglesia veía afluir a ella conversos de todas direcciones.

último de la tierra” (Hech. 1:8). La Gran Comisión debía llevarse a cabo solo con su poder. Los discípulos debían testificar con la fuerza de él, no con la propia. Debían ir llenos del Espíritu, fortalecidos por el Espíritu y guiados por el Espíritu. La presencia y el poder del Espíritu Santo en sus vidas les daría el éxito. Elena de White comenta:

“¿Cuál fue el resultado del derramamiento del Espíritu en el día de Pentecostés? Las alegres nuevas de un Salvador resucitado fueron llevadas a las más alejadas partes del mundo habitado. Mientras los discípulos proclamaban el mensaje de la gracia redentora, los corazones se

Si la oración no se centra en la testificación, puede llevar al fanatismo egocéntrico.

entregaban al poder de su mensaje. La iglesia veía afluir a ella conversos de todas direcciones. Los apóstatas se reconvertían. Los pecadores se unían con los creyentes en busca de la perla de gran precio. Algunos de los que habían sido los más enconados oponentes del evangelio, llegaron a ser sus campeones. Se cumplió la profecía: “El que entre ellos fuere flaco... será como David; y la casa de David... como el ángel de Jehová” (Zac. 12:8). Cada cristiano veía en su hermano una revelación del amor y la benevolencia divinos. Un solo interés prevalecía, un solo objeto de emulación hacía olvidar todos los demás. La ambición de los creyentes era revelar la semejanza del carácter de Cristo, y trabajar para el engrandecimiento de su reino” (*Los hechos de los apóstoles*, pp. 39, 40).

El propósito del derramamiento del poder del Espíritu Santo en el día de Pentecostés fue permitir que los discípulos llevaran el evangelio al mundo. El Espíritu Santo le dio poder al testimonio de los discípulos. Los resultados fueron sorprendentes. Los corazones fueron tocados. Las vidas fueron cambiadas. Tres mil se bautizaron en el día de Pentecostés. Miles más se añadieron a la iglesia en pocos años. Esta motivación evangelizadora continuó en todo el libro de los Hechos. Hechos 4:4 registra: “Pero muchos de los que habían oído la palabra, creyeron; y el número de los varones era como cinco mil”. Según Hechos 9:31, se edificaron nuevas iglesias en Judea, Galilea y Samaria y “se acrecentaban”. El

evangelio penetró barreras culturales, nacionales y lingüísticas. Pedro fue guiado milagrosamente para dar testimonio a Cornelio, un centurión italiano que buscaba la verdad, y Felipe le explicó los misterios de la cruz a un etíope influente. Los Hechos de los apóstoles bien podrían llamarse los Hechos del Espíritu Santo.

La testificación mata el egoísmo.

LA TESTIFICACIÓN: EL PROPÓSITO DEL DERRAMAMIENTO DEL ESPÍRITU

Cuando la iglesia tiene poco interés en la testificación, hay poco poder del Espíritu Santo. ¿Por qué Dios derramaría su Espíritu con la plenitud del poder para testificar si su pueblo tuviese poco interés en testificar? El poder del Espíritu Santo no es un fin en sí mismo. La lluvia tardía prometida es para cumplir la misión de llevar el evangelio al mundo. Si la oración no se centra en la testificación, puede llevar al fanatismo egocéntrico. El estudio de la Biblia sin testificación puede llevar al formalismo farisaico. Los fariseos oraban y estudiaban las Escrituras durante horas cada día, pero condenaron a Jesús a muerte. ¿Por qué? Hay una razón sencilla. Sus vidas egocéntricas tenían poco lugar para un Mesías altruista.

Por contraste, la testificación mata el egoísmo. La oración sincera, el estudio ferviente de la Biblia y la

testificación fervorosa son la clave de todos los reavivamientos auténticos. El propósito fundamental de la oración y el estudio de la Biblia es acercarnos a Jesús para que él pueda confiarnos el derramamiento del poder del Espíritu Santo para una testificación poderosa. La lluvia tardía no será derramada para glorificar nuestro yo. No será desatada para que miembros de iglesia satisfechos consigo mismos se conviertan en testigos fervorosos. La obra de la lluvia temprana del Espíritu es convencernos de pecado, darnos poder para enfrentar al enemigo y reordenar nuestras prioridades para testificar. La lluvia tardía cae para terminar la obra de la gracia de Dios en nuestra vida y el mundo. Leamos:

“A menos que los miembros de la iglesia de Dios hoy tengan una relación viva con la fuente de todo crecimiento espiritual, no estarán listos para el tiempo de la siega. A menos que mantengan sus lámparas aparejadas y ardiendo, no recibirán la gracia adicional en tiempo de necesidad especial. Únicamente los que estén recibiendo constantemente nueva provisión de gracia, tendrán una fuerza proporcional a su necesidad diaria y a su capacidad de emplearla. En vez de esperar algún tiempo futuro en que, mediante el otorgamiento de un poder espiritual especial, sean milagrosamente hechos idóneos para ganar almas, se entregan diariamente a Dios, para que los haga vasos dignos de ser empleados por él. Diariamente están aprovechando

El Espíritu Santo será derramado con el poder de la lluvia tardía sobre los que dan testimonio de Jesús para que la obra de Dios en la tierra pueda acabarse y podamos ir al hogar.

do las oportunidades de servir que están a su alcance. Diariamente están testificando por el Maestro dondequiera que estén, ya sea en alguna humilde esfera de trabajo o en el hogar, o en un ramo público de utilidad” (*Los hechos de los apóstoles*, p. 45).

En el aposento alto, los discípulos se comprometieron a llevar el evangelio al mundo. Sus agendas personales fueron dejadas para cumplir con la agenda de Dios. Sus planes



personales fueron entregados para llevar a cabo el gran plan de Cristo. Sus ambiciones humanas quedaron atrás para que pudieran avanzar con la única ambición de Cristo de redimir a la raza humana. Los consumía la pasión de compartir con el mundo las nuevas acerca de Cristo, quien había transformado sus vidas. Un deseo absorbía todos los demás: cumplir la comisión de Cristo y proclamar el evangelio al mundo.

¿Cuál es su deseo principal en la vida? ¿Anhela que el poder del Espíritu Santo habilite su testimonio? ¿Comparte su fe con otros habitualmente? Si lo condenaran en un tribunal de justicia por compartir

Orad sin cesar, y velad mientras obráis en armonía con vuestras oraciones.

su fe con los demás y por dar testimonio de las buenas nuevas de Jesús, ¿habría suficientes evidencias para declararlo culpable? El Espíritu Santo será derramado con el poder de la lluvia tardía sobre los que dan testimonio de Jesús para que la obra de Dios en la tierra pueda acabarse y podamos ir al hogar. ¿Le gustaría reordenar las prioridades de su vida y comprometerse a ser más fiel como testigo de Jesús? ¿Está dispuesto a permitir que el Espíritu Santo lo utilice del modo que él desee para dar testimonio de él? ¿Dejará de lado su agenda personal y consagrará su vida a lo

único que realmente importará al final: ganar a los perdidos para Jesús? No todos pueden hacer lo mismo. Simplemente dígame a Dios que anhela compartir su amor con los demás y permita que él lo guíe.

SECCIÓN 2

Reflexionemos en el consejo divino

TODAS LAS DEMÁS BENDICIONES

Lea cuidadosamente la siguiente porción de *Testimonios para los ministros*, páginas 511, 512 y 174-176.

“La dispensación en la cual vivimos debe ser, para los que lo soliciten, la dispensación del Espíritu Santo. Pedid su bendición. Es tiempo de que seamos más ardientes en nuestra devoción. A nosotros se nos ha encomendado la ardua pero feliz y gloriosa tarea de revelar a Cristo a los que están en tinieblas. Se nos ha llamado a proclamar las verdades especiales para este tiempo. Para todo esto el derramamiento del Espíritu es esencial. Debemos orar por él. El Señor espera que se lo pidamos. No hemos emprendido esta tarea con todo el corazón.

¿Qué puedo decir a mis hermanos en el nombre del Señor? ¿Qué proporción de nuestros esfuerzos se ha realizado de acuerdo con la luz que el Señor ha tenido a bien darnos? No podemos depender ni de la forma ni de la maquinaria externa. Lo que necesitamos es la

influencia vivificante del Santo Espíritu de Dios. “No con ejército ni con fuerza, sino con mi espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos”. Orad sin cesar, y velad mientras obráis en armonía con vuestras oraciones. Al orar, creed, confiad en Dios. Es el tiempo de la lluvia tardía, cuando el Señor concederá su Espíritu en abundancia. Sed fervientes en la oración, y velad en el Espíritu” (pp. 511, 512).

* * * * *

“Otras bendiciones y privilegios han sido presentados ante nuestro pueblo hasta despertar en la iglesia el deseo de conseguir la bendición prometida por Dios; pero ha quedado la impresión de que el don del Espíritu Santo no es para la iglesia ahora, sino que en algún tiempo futuro sería necesario que la iglesia lo recibiera.

Esta bendición prometida, reclamada por fe, traería todas las

La iglesia por mucho tiempo se ha contentado con escasa medida de la bendición de Dios

demás bendiciones en su estela, y ha de ser dada liberalmente al pueblo de Dios. Por medio de los astutos artificios del enemigo las mentes de los hijos de Dios parecen incapaces de comprender las promesas divinas y de apropiarse

de ellas. Parecen pensar que únicamente los más escasos chaparrones de la gracia han de caer sobre el alma sedienta. El pueblo de Dios se ha acostumbrado a pensar que debe confiar en sus propios esfuerzos, que poca ayuda ha de recibirse del cielo; y el resultado es que tiene poca luz para comunicar a otras almas que mueren en el error y la oscuridad. La iglesia por mucho tiempo se ha contentado con escasa medida de la bendición de Dios; no ha sentido la necesidad de reclamar los elevados privilegios comprados para ella a un costo infinito. Su fuerza espiritual ha sido escasa, su experiencia, restringida y mutilada, y se halla inhabilitada para la

Recogerán una cosecha de gozo los que siembran la santa semilla de la verdad.

obra que el Señor quiere que haga. No está en condiciones de presentar las grandes y valiosas verdades de la santa Palabra de Dios que convencerían y convertirían a las almas mediante la intervención del Espíritu Santo. Dios espera que la iglesia pida y reciba su poder. Recogerán una cosecha de gozo los que siembran la santa semilla de la verdad. “Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla;

mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas”.

De la actitud de la iglesia, el mundo ha sacado la idea de que el pueblo de Dios es ciertamente un pueblo triste, que el servicio de Cristo carece de atractivo, que la bendición de Dios se concede a un costo elevado para los que la reciben. Al espaciarnos en nuestras pruebas y magnificar las dificultades, representamos falsamente a Dios y a Jesucristo a quien él ha enviado; porque la lobreguez que rodea el alma del creyente resta todo atractivo a la senda que lleva al cielo, y muchos se apartan chasqueados del servicio de Cristo. Pero, ¿son realmente creyentes los que presentan a Cristo de esa manera? No, porque los creyentes descansan en la promesa divina y el Espíritu Santo tiene no solo la misión de convencer sino también la de consolar.

El cristiano debe echar todo el fundamento si quiere edificar un carácter fuerte, simétrico, si quiere estar bien equilibrado en su experiencia religiosa. Así el hombre estará preparado para alcanzar las normas de verdad y justicia presentadas en la Biblia, porque el Santo Espíritu de Dios lo sostendrá y fortalecerá. El verdadero cristiano combina una gran ternura de sentimiento con una gran firmeza de propósito y una inquebrantable fidelidad a Dios; en ningún caso traicionará las verdades sagradas. El que está dotado del Espíritu Santo tiene grandes poderes emotivos e intelectuales y una invencible fuerza de voluntad” (pp. 174-176). 🔥



BUSQUEMOS UNA EXPERIENCIA MÁS PROFUNDA

¿Anhela una experiencia más profunda con Dios? ¿Siente la necesidad de la poderosa obra del Espíritu Santo en su vida? ¿Le gustaría participar con Cristo en la obra final de la historia de esta tierra? ¿Desea recibir el derramamiento del Espíritu Santo en la lluvia tardía para la terminación de la obra de Dios en la tierra?

En los diez capítulos de este cuaderno de estudio hemos estudiado cómo prepararnos para la recepción del Espíritu Santo con el poder de la lluvia tardía. El Espíritu Santo se ha movido en nuestro corazón. Hemos percibido su presencia. Nos ha conducido a una entrega más profunda. Los hábitos y las actitudes de los que no éramos conscientes, han aflorado. Los pecados por mucho tiempo acariciados han sido abandonados. Nos hemos arrodillado ante nuestro Señor para confesar arrepentidos y pedir perdón por las veces que lo hemos defraudado. Unidos, lo hemos buscado en oración con otros cristianos y hemos salido espiritualmente renovados de estos períodos de intercesión.

Usted se estará preguntando: “¿Cómo puedo continuar esta nueva experiencia? ¿Hay algunas cosas específicas que puedo hacer ahora para mantener esta relación más profunda con Dios?” En los próximos días hay tres cosas específicas que usted puede hacer para seguir creciendo en Jesús.

1. Dedique momentos específicos cada día a la oración. Cuando usted se arrodille ante su trono, Jesús le

impartirá diariamente su Espíritu. Reclame la promesa de Lucas 11:13: “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” Escoja a un compañero o compañera de oración o únase a un grupo de oración y separen un momento de la semana para reunirse. Estas reuniones de oración se convertirán en un ancla para su fe.

2. Comprométase a dedicar tiempo cada día al estudio de su Palabra. El Espíritu Santo colma nuestra vida cuando llenamos nuestra mente con la Palabra de Dios. Somos cambiados, transformados y renovados mediante la Palabra de Dios. El apóstol Pedro experimentó el poder de Pentecostés que cambia vidas y escribió: “Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia” (2 Pedro 1:4). Quizás usted desee centrarse en la vida de Jesús y meditar en el registro que hacen los Evangelios. Se sentirá inspirado por su amor y será guiado a una experiencia más profunda en su caminar cristiano de la fe. El estudio personal y devocional de la Biblia es la base de todo crecimiento espiritual auténtico.

3. Haga que la testificación forme parte de su vida diaria. Busque oportunidades para compartir su fe

a diario. Los cristianos que testifican son cristianos que crecen. Participe activamente en algún área de servicio de su iglesia local. Puesto que “más bienaventurado es dar que recibir”, cuando compartimos el amor de Jesús con los demás somos los más bendecidos. La testificación aniquila el egoísmo. Nos conduce a una dependencia más intensa de Dios. Nos pone de rodillas para buscar su poder y nos hace volver a la Biblia para hallar respuestas a las preguntas que nos hacen los demás. El propósito de la promesa de Jesús en Pentecostés era capacitar a los discípulos para llevar el evangelio al mundo del siglo I. El propósito del derramamiento del Espíritu en la generación final es capacitar a su pueblo para completar la tarea. Es para terminar su obra. Es para capacitar a su iglesia para testificar.

¿Le gustaría ser parte de algo extraordinario para Dios? ¿Le gustaría unirse a un creciente número de hermanos de iglesia que están buscando a Dios en oración, dándole prioridad al estudio de su Palabra y a la testificación a favor de su reino?

Si este es su deseo, ¿inclinará su rostro en este instante y asumirá este compromiso? Cuando lo haga, nuestro Señor responderá desde el cielo y se moverá en su vida de una manera poderosa. Oro para que el Espíritu Santo llene su vida y para que usted sea un embajador de Dios para impulsar el reavivamiento en su familia, su iglesia local y su comunidad. 🔥

¿Se ha preguntado alguna vez por qué los discípulos tenían una fe tan audaz?

¿Qué les dio el coraje para proclamar el evangelio hasta los confines de la Tierra a pesar de desafíos abrumadores? ¿Por qué fueron tan diferentes *después* de Pentecostés?

Abra las páginas de este libro y visite el aposento alto para aprender, de forma específica, qué preparación se requiere para recibir el derramamiento del Espíritu Santo en el tiempo del fin.

Pentecostés marcó una diferencia dramática en la vida de los primeros discípulos, y también puede producir un cambio radical en la nuestra. Llenos del poder del Espíritu Santo, los hijos de Dios cambiarán el mundo.

Todo el cielo espera que el pueblo de Dios esté listo para recibir este poder de manera que él pueda completar su obra sobre la Tierra y llevar a sus hijos al hogar eterno.

10 días en el aposento alto puede ayudarlo a tener una experiencia renovadora que permita que el Espíritu Santo lo habilite para ser un testigo poderoso de Dios en este momento decisivo de la historia terrenal.

El pastor Mark Finley y su esposa, Ernestine, han participado en el ministerio cristiano durante más de cuarenta años, en la predicación, la enseñanza, y la presentación de charlas sobre el crecimiento espiritual y un estilo de vida saludable. Fue director y orador del programa televisivo *It Is Written* (Está escrito) desde 1991 hasta 2004. Viaja por todo el mundo como evangelista internacional y les habla a decenas de miles de personas en reuniones evangelizadoras de gran escala. Se desempeña actualmente como asistente del presidente de la Asociación General.



ISBN 978-987-701-122-7



9 789877 011227

